



Gonzalo España

JOSÉ CELESTINO

MUTIS

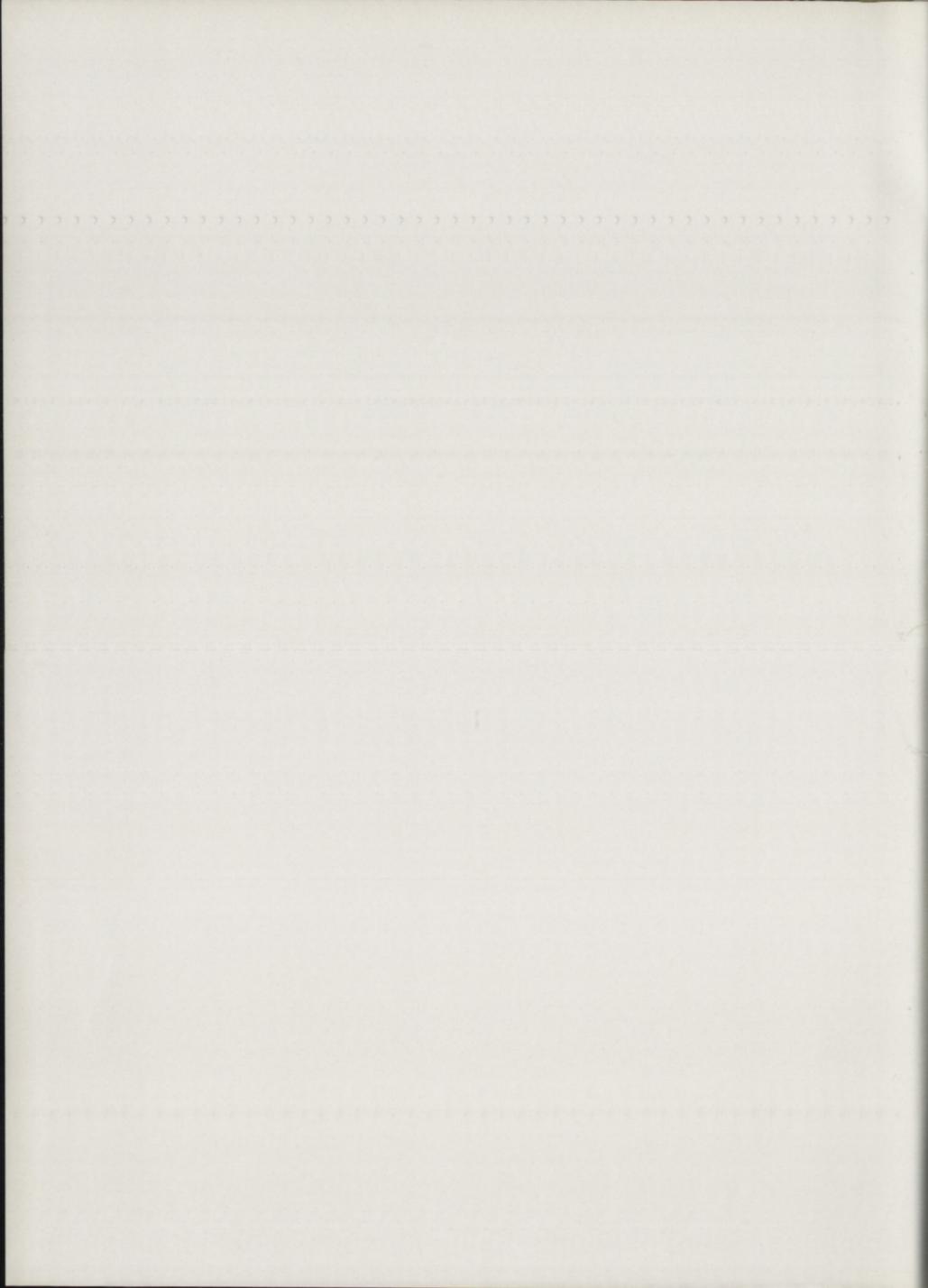
EL SABIO DE LA VACUNA

Ilustraciones
Silvia Gómez



COLCIENCIAS

Passiflora fidenópoda



006
00784

Gonzalo España

JOSÉ CELESTINO

MUTIS

EL SABIO DE LA VACUNA

Ilustraciones

Silvia Gómez



COLCIENCIAS

15.000.17-03-79



COLCIENCIAS

Director: Fernando Chaparro Osorio
Subdirector de Programas Estratégicos: Hernán Jaramillo Salazar
Asesor de la Subdirección de Programas Estratégicos: Jesús María Álvarez
Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial: Carlos Nicolás Hernández

Diseño general: Carlos Nicolás Hernández - Silvia Gómez
Tres Culturas Editores Ltda.
Carrera 35 #14-67 Tel.: 2 37 70 56.
Fax 2 77 49 91

Ilustraciones y fotomontajes: Silvia Gómez

Autoedición: Anacelia Blanco Suárez

Preprensa electrónica: Fitolito Colombia Ltda.



Primera edición: enero de 1998

ISBN: 958-9037-57-7

© Gonzalo España

© Derechos reservados: Colciencias

Fax: 6251788

E-mail: info@colciencias.gov.co

Transv. 9A No. 133-28

Santafé de Bogotá, D. C.

Colombia - Suramérica

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S.A.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia - South America



*Para David Augusto España,
médico probo, heredero
de las virtudes del sabio.*

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

A la doctora Elizabeth Patiño, directora del Área Cultural del Banco de la República en Bucaramanga, por cuya gestión fue posible utilizar el fondo de la Biblioteca Luis Ángel Arango, concerniente a Mutis y a la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna Antivariolosa.

Al ciudadano español Cristóbal Acosta Torres, quien gustosamente facilitó el Catálogo del Fondo Documental José Celestino Mutis del Real Jardín Botánico de Madrid.

CONTENIDO

Pág. 7

Libro primero



UN AÑO APESTOSO QUE SIGUE A OTRO TUMULTUOSO

I	La guerra que se vivía en la casa del sabio	8
II	La noticia que trajo la india Numilona	10
III	El espía que los siguió en la Calle del Suplicio	12
IV	El terror que sacudió al arzobispo virrey	15
V	Lo que escuchó Pudenciano Sujo	21
VI	La historia que contó el cura de Sopó	24
VII	La resolución que tomó el sabio	31
VIII	El espectáculo que Numilona brindó	34
IX	La batalla que se per dió y se ganó	37

Pág. 41

Libro segundo



INTERMEZZO BOTÁNICO

I	Una alentadora noticia llegada de allende el océano	42
---	---	----

Pág. 49
Libro tercero



VEINTE AÑOS DESPUÉS

- | | | |
|-----|--|----|
| I | La segunda visita de una porfiada señora | 50 |
| II | Por qué la peste no entraba a la capital, y lo acontecido cuando entró | 56 |
| III | La cara de un virrey frente a un hilo de algodón | 61 |



Pág. 67
Libro cuarto

EL VIAJE DE LAS LUCES

- | | | |
|-----|-----------------------------------|----|
| I | Los efectos de una carta olvidada | 68 |
| II | Dulce final de un duro batallar | 77 |
| III | Antes del fin | 84 |



Libro primero

Un año apestoso
que sigue a otro tumultuoso



*José Antonio Galán
Fotografía: Marco A.
González G.*



*Antiguo modo de conducir los cadáveres
Ramón Torres Méndez - Dibujo*

I

La guerra que se vivía en la casa del sabio

a casa del sabio, siempre hospitalaria y abierta, había entrado en una gran conmoción: dos fuertes poderes, la india Numilona y el gato Tereso, libraban una guerra sin cuartel.

Tereso era apenas un gatito. Don José lo había encontrado una tarde en la calle, cuando regresaba presuroso pensando en las tareas que le aguardaban en casa. El minino le saltó de pronto al camino, y empujándose sobre sus patas delgadas, el rabo muy alto y maullando con voz quejumbrosa para decir que tenía hambre, le trabó el paso. Don José comprendió al punto que se trataba de un gatito perdido y sintió gran simpatía por él. Con disimulo miró a lado y lado, se agachó para saludarlo, y permitió que el bandido le sobara el lomo y la cabecita en las manos. Era un gesto



tan seductor que sin pensarlo dos veces lo tomó y lo metió en el bolsillo de su sotana, como si lo hurtara. Aquel gatito podía pertenecer a cualquier niño del vecindario.

Cuando Numilona vio el engendro que su amo había llevado a casa estuvo a punto de sufrir un colapso. Ella era una auténtica india del altiplano, llevaba en la sangre los temores ancestrales de sus antepasados por las bestias que los conquistadores trajeron consigo. Un caballo le paralizaba el corazón y le paraba los ojos, un perro le helaba la sangre, en un gato veía el mismo diablo. Y en Tereso no se diga, porque Tereso era más negro que un carbón, y tan dominante e imperioso, que tan pronto la reconoció como criada de aquella casa pasó a la cocina a exigirle comida y aruñarle las corvas.

Desde entonces, Numilona no tuvo descanso y vivió en permanente estado de zozobra. El gato se subía al escritorio del sabio y tumbaba al suelo todos los papeles, volcaba los floreros en la sala y las cestas de granos en la alacena, regaba los calcetines y ponía a rodar sus bolas de hilo por toda la casa. Cuando menos esperaba, lo veía avanzar hacia ella con el lomo arqueado como una herradura y el rabo esponjado y erguido en el aire, cual amenazante jinete berberisco. Los pliegues de la cortina eran su escondrijo favorito, pues la espiaba a través de la transparencia del raso y le saltaba encima de improviso, propinándole sustos tremendos. De noche entraba a su cuarto no se sabe por dónde, y le mordía los dedos de los pies con dientes tan agudos como puntas de aguja.

En cambio, con don José era todo un caballero. Se la pasaba horas enteras retrepado sobre su escritorio, haciéndole compañía y observando el garrapateo de su pluma en el papel. El sabio, que por aquel entonces promovía la fundación de un teatro en Santafé, afirmaba que ningún animal tiene mayores cualidades para las artes escénicas que un gatito. "Si un artista caminara con la elegancia y el donaire de un gato sería un genio de las tablas", decía.

Un día, estando él afuera, Tereso se puso a jugar en su mesa de trabajo y derramó de lleno el tintero sobre los papeles que le escribía al Rey, proponiéndole la realización de una expedición botánica en estas tierras. Numilona descubrió el daño y quedó muda. Cuando su amo

volvió estaba tan nerviosa que no supo explicarse. Don José no culpó a nadie, pero se amoscó un poco. Eran más de quince días de trabajo perdidos.

Un rato después, en un callado rincón de la cocina, la india alzó a Tereso y le mordió el rabo. Don José descubrió posteriormente que el gato dormía en su escritorio con un ojo abierto y otro cerrado, como esperando un ataque. El gato es el único animal capaz de hacer una guardia semejante.



II

La noticia que trajo la india Numilona



umilona era una india chismosa, eso no puede negarse. Don José lo sabía y una que otra vez le enderezaba un sermón. Pero Numilona no podía dejar de serlo porque las otras indias la buscaban para chismosearle. Las indias conocían ce por be los secretos de sus amos. Si alguien enfermaba, si se iniciaba un romance, si un matrimonio reñía, si el oidor andaba de fiesta, si había estallado una crisis, si al Virrey se le había extraviado un pañuelo, las indias lo sabían primero que nadie. Los amos las enviaban a la plaza para que les trajeran noticias, así como hoy se envía un muchacho a la calle a buscar el periódico.

Numilona empezó a traer chismes a casa cuando concluyó que su amo estaba perdiendo la chaveta. Don José hablaba solo, se calzaba una media de un color y otra de otro, olvidaba peinarse, dejaba enfriar

la comida e incurría en muchas otras omisiones por andar pensando en plantas y bejucos, preparando menjunjes y escribiendo cartas durante noches enteras. Numilona pensó que contarle algo de lo que ocurría en la calle podía distraerlo y ayudar a volverlo a este mundo, y empezó a soltarle chismes a la hora del almuerzo: «Se casa sutanita». «Fulanito está de viaje». Pero los informes fueron subiendo de tono. Un día refirió cosas que sólo podían saberse en las recámaras de los más altos poderes. «Deja eso, Numilona» —le gritó el sabio—. «Por cosas menores te cortan la lengua».

A pesar del regaño, Numilona siguió trayendo una que otra cosilla, hasta que al fin trajo la noticia que lo desquició todo.

Había llovido toda la noche. El día asomó oscuro, con jirones de niebla adheridos a las crestas de los montes, como hilachas de algodón. De los techos de paja escurrían gotas de agua helada que estallaban en la nuca de los madrugadores y los estremecían hasta la última vértebra. La gente y los perros iban de prisa, retratando fugazmente sus figuras invertidas en los charcos de la calle. Numilona, con su canasto al brazo y sus naguas a ras de piso haciendo frufnú, apuraba más que nadie. Sus cachetes colorados parecían duraznos quemados. Las colas de sus trenzas bailaban en lo alto de sus hombros.

Un rato después volvió perseguida por los goterones de un nuevo aguacero que se desgajaba. Sus pies azotaron las baldosas del zaguán, en un último intento por ganarle la carrera al agua, que rompía con fuerza en tapias y tejados. Pero cuando traspuso el portón sus mejillas no estaban encendidas en ese rubor cobrizo de siempre, sino tan pálidas como velas de cera. Don José levantó los ojos del libro que leía en la sala. Tereso se desesperó. La india vino a postrarse delante de los dos con todo y canasto, y de su boca escapó la peor noticia de todos los tiempos:

—¡Padrecito: han estallado las virgüelas!



III

El espía que los siguió en la Calle del Suplicio



El ocupado y estudioso José Celestino Mutis estuvo a punto de no creerle a la india.

—¿Dices viruelas? —precisó a Numilona, apagando los ojos.

La india dijo que sí y se picó las mejillas con la punta de los dedos. La cosa no podía ser más explícita.

Era su momento más ocupado del año. Sobre la mesa reposaban pilas de dibujos y documentos, montones de hojas y flores sin clasificar, docenas de cartas sin contestar, multitud de recetas sin preparar y muchas otras tareas sin hacer, todo porque se había pasado las últimas semanas reparando el daño que el gato Tereso había hecho a la extensa relación que escribía al Rey enumerando las posibilidades y ventajas que entrañaba impulsar en estas tierras una expedición botánica. Aun así, para sorpresa de Numilona y Tereso, tomó la sombrilla de lona que se guardaba tras la puerta y salió a pasos presurosos.

Unos metros más allá, antes de llegar a la esquina, chocó de manos a boca con el joven estudiante Juan Hernández de Alba, quien, totalmente empapado por el nuevo chubasco, venía corriendo a su encuentro con un informe más explícito.

—Dos contagiados fueron denunciados ayer en el barrio del Molino del Cubo. Esta mañana se supo que había una familia completa infectada en Las Nieves.

—¿Adónde han sido llevados? —preguntó el sacerdote.

—Al San Juan de Dios.

—Vamos allá de inmediato —dijo don José, pensando que tal vez pudiera tratarse de otra dolencia.

Pero no se trataba de otra enfermedad, sino de la espantosa viruela. Los enfermos llevados al hospital estaban tan afiebrados que el cobertizo donde los habían recluido hervía de calor. Don José abrió las ventanas, diciendo que impedir que el aire circulara era malo, y a la luz del día se inclinó a revisarlos. Unas pepas oscuras les maduraban en la cara. Algunos se tapaban con vendas los ojos para soportar el ardor.

Dijo al hermano Segismundo que los bañara con agua apenas tibia y los envolviera en ropas muy limpias, que les limpiara el vientre con cocimientos de malvas y bledos, y que les hiciera beber de seguido mucha agua de borraja y cebada.

—Provéales frutas dulces, leche de vaca o de burra y rebanadas de pan, pero nada más. Cuando se les inflame la garganta mándeles hacer gárgaras de agua con vinagre. Vigile que les laven continuamente con agua tibia los ojos. Y escuche lo siguiente: hay que atender esa calentura que sufren. Báñeles los pies con agua caliente por espacio de media hora, dos o tres veces al día: eso hará que disminuya el número de viruelas en la cabeza, y que broten con fuerza en el cuerpo.

El hermano Segismundo anotó estas instrucciones en la gruesa libreta que cargaba en el bolsillo del hábito, donde figuraban todos los enfermos del hospital y sus males. Don José lo dejó en la puerta del dispensario y bajó con el joven Hernández de Alba por la Calle de las Cruces, rumbo a la Plaza Mayor.

Iba reprochándose su descuido. La viruela era una epidemia que azotaba cada veinte años estas tierras, como una paciente y cumplida emisaria de muerte. Exactamente veinte años atrás, recién desembarcado en la Nueva Granada, una mortífera racha acababa de pasar. La gente recordaba otras anteriores, separadas por un tiempo igual. Se había jurado estar atento y preparado para el momento en que regresara, pero todo el año anterior se había ido en sobresaltos y revueltas. ¡Quién iba a olvidar aquel tremendo año de 1781, conocido ya como el “año de la revolución”! En medio de tanto rumor y tanta noticia asustadora, «que la gente del común marcha sobre Santafé», «que veinte mil comuneros han llegado a Zipaquirá», «que cruzaron el puente del común», «que mañana nos pasan a cuchillo», un correo informó que dos marineros enfermos de viruelas habían arribado a Cartagena en

un barco procedente de México. Se supo que el gobernador no los dejó entrar a la ciudad y los recluyó en la isla de Brujas, y se habló de poner retenes sanitarios en Honda y Mompox, pero no volvió a hablarse del asunto, porque se estaba negociando con los insurrectos y tratando de aplacarlos. Don José se la pasó mirando aquella alteración social con un poco de terror, y pidiéndole al arzobispo virrey clemencia para todos los alzados, incluidos los cabecillas.

Lloviznaba todavía un poco, y como ocurría cada que salía a la calle, entre el hospital y el palacio se les juntaron dos o tres estudiantes, algunos curiosos y media docena de niños callejeros. El extraño sacerdote, que era a la vez botánico, médico y sabio, despertaba mucha curiosidad entre la gente. Una figura embozada comenzó a seguirlos en la Calle del Suplicio, cuidando de no acercarse demasiado, y buscando refugio en zaguanes y esquinas cada que volvían la cabeza. Pero don José alcanzó a verlo, y tomó nota del hecho.

Se trataba de Pudenciano Sujo, el eterno espía de los Predicadores de la Sagrada Orden, que acechaba cada paso suyo. Sin que nadie lo supiera, en el curso del último año lo había sometido a continua vigilancia, esperando descubrir alguna conexión suya con fray Ciriaco de Archila, o con cualquiera otro de los comprometidos en la revolución comunera.



IV

El terror que sacudió al arzobispo virrey



El arzobispo virrey los mandó entrar de inmediato, los abrazó, les dio a besar su enorme anillo de ópalo, los bendijo y los arrastró a su despacho privado, donde sólo recibía a sus buenos amigos.

—Hay peste en la ciudad, monseñor: ¿Qué se ha pensado al respecto? —dijo presuroso don José, en medio de tantos besamanos.

Antes de responder, Caballero y Góngora tomó asiento en un mullico sillón, se repantigó perezoso, entrelazó las manos en el satén purpurado de la túnica que envolvía el tambor de su estómago, suspiró y bostezó, y sólo entonces habló en tono bíblico:

—¿Y qué esperabas, José? El virreinato no ha hecho otra cosa todo este último año que atesorar las iras de Dios. Hasta una revolución tuvimos aquí, se ha ofendido a Su Majestad el Rey. Tantas insolencias tenían que merecer el castigo divino, y así ha ocurrido.

Don José y el joven Hernández de Alba se miraron con ojos preocupados mientras concluía el discurso. Cuando llegó el momento de responder, el sabio carraspeó levemente, como para advertir que le costaba trabajo hacer un comentario.

—Todo ha estado tremendo, es verdad, mi señor. ¿Pero qué se piensa hacer frente a esta nueva adversidad?

—Vamos a realizar una rogativa —declaró el arzobispo.

—Una rogativa ayudará, no hay duda, excelencia. Pero debe pensarse en otras medidas urgentes.

El gobernante lo miró con ojos un poco encogidos.

—Sí, sí, es preciso tomar algunas medidas, pero nada que alarme a la gente. Ya hemos tenido mucha alarma aquí. Ahora lo que necesitamos es paz.

Don José requirió de toda la fuerza de su resolución para llevarle la contraria.

—Debo advertirle, monseñor, que puede ocurrir una catástrofe mil veces peor que la sufrida en estos tiempos aciagos.

Caballero y Góngora alargó el cuello y lo miró con ojos de grillo.

—¿De qué me habla usted?

—Le hablo de centenares, o acaso de miles de muertos. La viruela se ceba con especial ferocidad en los niños, y los mata como moscas.

Aquí hemos tenido hambre y privaciones, los cuerpos desnutridos están en sazón para ser presa de la peste.

Un grave silencio se apoderó del salón. El arzobispo virrey revoleó la cabeza.

—Eso no me gusta nada. Yo creo que este pueblo ha pecado, y ha ofendido a su Dios y a su Rey, pero una cosa así echaría a pique todo el reino.

—Entonces debemos actuar.

El viejo jerarca era un hombre cansado. Las piernas le dolían por efectos de la edad y del peso, y pasaba mucho tiempo sentado.

—En el campo de la salud definitivamente el gobierno cede el puesto a la ciencia. Diga usted, José, qué debemos hacer.

José Celestino Mutis se puso de pie como si acabara de recibir las insignias del mando, y recitó las cosas que eran indispensables. Debían limpiar la ciudad, quemar basuras y despojos, purificar el aire infectado. De manera inmediata, debía buscarse un lugar donde pudieran aislarse los enfermos y evitar el contagio del resto de la población. Era también indispensable organizar un cuerpo de camilleros.

—Si su excelencia lo autoriza —agregó—, pienso que debe publicarse una instrucción donde se indique cómo enfrentar las viruelas. Existen muchas equivocaciones al respecto, y a veces los remedios aplicados son peores que la enfermedad.

Caballero y Góngora aprobaba cada cosa con un golpe seco de su anillo en el brazo del sillón, como acostumbraba hacerlo en las reuniones de la Audiencia. El joven Hernández de Alba se lo congratulaba, diciendo:

—Es usted demasiado generoso, excelencia.

Creyendo que aquello era todo, el mandatario se sintió ufano y contento. Recibir a un sabio amigo en tiempos difíciles era muy alentador.

—Procederé a convocar esta misma tarde un consejo de gobierno, José. Pero dejemos ya este trabajo y pensemos en algo más agradable: creo que nos caería bien un jugo de moras en leche, acompañado de unas galletitas.

—Sólo falta un punto, excelencia... —interrumpió el sabio.

El sol de la mañana había entrado con fuerza a través de un ventanal y hacía brillar los faldones de la sotana de los religiosos, la una púrpura, la otra caoba.

—Lo anterior es importante, pero es sólo un paliativo frente a la epidemia.

—¿Entonces, qué más debe hacerse?

José Celestino Mutis pareció vacilar. La respuesta demoró en salir de sus labios.

—La única prevención segura, monseñor, es sembrarse las viruelas.

El arzobispo virrey, todavía sin entenderlo del todo, se puso de pie, transfigurado de terror.

—¿Sembrarse las viruelas? ¿En dónde?

—En el propio cuerpo.

Estas palabras fulminaron de tal forma al jerarca, que se fue para atrás y cayó pesadamente en el sillón, alzando los pies, como si hubiera recibido un empujón.

—¡Virgen Santa! ¡Cómo puedes proponer semejante horror!
—dijo cubriéndose los ojos.

—Señor —replicó el sabio—: está probado que la única defensa contra la viruela es su propia inoculación.

El prelado estaba completamente pálido y tenía la mandíbula desencajada.

—Eso me suena a pura y simple herejía. Dime una cosa, José: ¿adónde irá a parar la ciencia?

Lo preguntaba visiblemente asustado. El sabio sonrió y trató de restarle trascendencia al asunto.

—Es seguro que no más allá de los designios de Dios, excelencia. Pero lo que acabo de proponer es algo que se aplica desde hace buen tiempo en Europa. En otros pueblos, como China y Turquía, se inoculan las viruelas desde hace milenios.



*El Humilladero, La Veracruz y
San Francisco - Justin - Acuarela*

—¿Qué pueden enseñarnos esos pueblos bárbaros? —exclamó Caballero y Góngora, que se puso definitivamente de pie, para agregar en tono terminante—: Aquí te hemos apoyado en todo, José. Mi antecesor Pedro Messía de la Cerda te respaldó cuando hablaste de Copérnico, y de que la tierra es un planeta y no el centro del universo, y de las novedades de la gravedad y del señor Newton. Yo he estado recabando el apoyo de Su Majestad al proyecto de la expedición botánica. Puede decirse que has sido el niño mimado de Santafé de Bogotá. Pero esto es demasiado. ¡Cómo crees que va a reaccionar la gente cuando se le proponga que se deje sembrar las viruelas, si el solo hecho de ver a un apestado causa espanto! Sencillamente nos matará a piedra. ¿O es que te parece poco lo que ya hemos vivido aquí?

El sabio detuvo su andar por el salón e inclinó la cabeza.

—Señoría —dijo con voz casi trémula—: es mucho lo que me habéis dado y mucho lo que debo a vos y a mi Rey. Pero si hace falta renunciar a todo lo que he recibido a cambio de que apoyéis esta medida, gustoso lo haré. Está en juego la vida de miles de seres.

Caballero y Góngora se santiguó.

—Señor: aparta de mí este cáliz —estaba diciendo.

El joven Hernández de Alba creyó oportuno intervenir, a título de súplica:

—Señoría: creo que mi maestro tiene razón.

El arzobispo virrey lo miró con ojos oblicuos. Después se volvió hacia José Celestino Mutis y lo señaló con el dedo.

—¿Sabes, por suerte, cómo se hace esa endiablada operación de sembrarse las viruelas?

—Lo sé —respondió don José con resolución—. Y además conozco a alguien que lo ha hecho muchas veces antes que nosotros.

—Pues, entonces, anda en busca de ese alguien, y que venga a contarnos en persona sus experiencias, o de otra manera nadie dará autorización a ninguna de tus locuras —sentenció el arzobispo. Y dan-

do por terminada la audiencia se retiró a sus salones, olvidado del jugo de moras en leche, y sin darles a besar el anillo.

No puede negarse que sentía un gran aprecio por aquel sabio loco, cuyas inventivas siempre le causaban sorpresa, y a quien él mismo había ordenado como sacerdote. Pero ahora no se trataba de simples simpatías. José Celestino Mutis tenía enemigos poderosos allí, enemigos que durante el tiempo de la revolución habían ganado mucho terreno en el seno del gobierno. Los Predicadores de la Sagrada Orden, en particular, se mostraban más fuertes que nunca.

—Estás jugando con fuego, José —se dijo en voz alta, y sin poder evitarlo, torció hacia la cocina, pues no podía sacarse de la cabeza el jugo de moras en leche.



V

Lo que escuchó Pudenciano Sujo



osé Celestino Mutis partió mucho antes del amanecer, en medio de una niebla tan espesa como un tarro de leche condensada que se hubiera derramado por las laderas del Monserrate. Era fácil dar un mal paso. La india Numilona, pensando que el buen sacerdote, con sus cincuenta años a cuestas, no estaba ya para semejantes trotes, lo despidió con lágrimas en los ojos, después de ofrecerle café. Por fortuna, el joven Juan Hernández de

Alba viajaba con él. Enruanados hasta los ojos, cubiertos con anchos sombreros, el cuero de las mulas despidiendo vapor, parecían emisarios del Maligno. La escena infundía miedo.

Bajaron por la calle de La Concepción haciendo cantar el cascajo del empedrado bajo las herraduras de las bestias, y tomaron hacia el norte. Las blancas tapias de las casas, envueltas en el sudario de la niebla, los acompañaron buen trecho. Don José iba hablando, los madrugadores escuchaban sus palabras al paso, pero uno que se las había arreglado para caminar pegado del rabo de las cabalgaduras, sin que los jinetes se percataran, las oyó todas. Se trataba nada menos que de Pudenciano Sujo.

—Éste es un viaje que he debido emprender hace muchos años —decía el sabio a su acompañante—. Mis ocupaciones, pero también mi indolencia, hicieron que lo postergara hasta hoy, cuando quizá ya sea tarde.

—Pero, ¿qué es exactamente lo que vamos a buscar? —preguntó el joven Hernández de Alba.

—En Sopó vive un viejo sacerdote llamado Joseph Velásquez. Vino a América mucho antes que yo, y ha pasado aquí toda su vida. Se dice que él es el único que ha hecho inoculaciones de viruelas con éxito en distintas partes del país. Cómo y cuándo las hizo, es algo que desconozco por completo. Hace ya muchos años le escribí varias cartas pidiéndole que me contara su experiencia, pero no me respondió. Me prometí venir a buscarlo en persona, y al cabo lo olvidé.

Pudenciano Sujo dio un traspie y se fue de bruces en un charco de barro. El ruido hizo que los viajeros detuvieran las monturas y volvieran la cabeza, pero no llegaron a verlo a causa de la escasa visibilidad, y de que el intruso se había pegado a la tierra.

—¿Oíste algo?

—Creo que por aquí chapaleó un pato.

En aquel tiempo la Sabana de Bogotá estaba plagada de patos, que los indios cazaban y llevaban a vender al mercado. Prosiguieron. Pudenciano Sujo los alcanzó como pudo.

—Me gustaría saber, padre José, cómo es que opera el mecanismo de la inoculación. No acierto a creer que infectarse con la misma enfermedad pueda ser el remedio —argumentó el joven, una vez reanudada la marcha.

—No se sabe cómo es. La ciencia aún no ha develado este misterio de Dios, pero es como combatir fuego con fuego. Lo único que se sabe es que las viruelas sembradas no matan, y resultan mucho más benignas. Se les llama precisamente así, «viruelas benignas». Debo confesarte que personalmente nunca he hecho esa práctica, pero lo he leído en numerosos tratados, y conozco el método. Quien puede decirnos a cabalidad muchas otras cosas es el cura de Sopó. Por eso vamos allá.

Pudenciano Sujo los siguió hasta San Diego y escuchó toda esta plática. Una hora después tocaría a las puertas del convento de los Predicadores de la Sagrada Orden, y el superior general se enteraría, con horror, de la nueva ocurrencia de don José Celestino Mutis: ¡sembrarle las viruelas a la gente! ¡Aquello rebasaba todos los límites!

De San Diego hacia el norte se despejó la mañana. El sol abrió con firmeza y exhibió el maravilloso paisaje sabanero. Indios todavía ateridos de frío y cargados con cestas llenas de patos y sartas de pescados al hombro se cruzaron con ellos. También uno que otro hacendado a caballo envuelto en zamarros de tigre, y alguna yunta de bueyes, pero el compañero permanente fue el esplendor dorado del trigo, que se extendía a todos lados. Las dehesas ocupaban el espacio que cedían los bosques y los humedales. El aire era frío e hinchaba la nariz de las mulas. El viejo pueblo de Usaquén los recibió con su campanario de lata.

—Todavía no acierto a imaginar cómo es que puede ocurrir el milagro que usted refiere, padre José —seguía diciendo pensativo el joven Hernández de Alba, después de un buen desayuno tomado en una venta del camino.

—El mecanismo se desconoce por completo, como se desconocen tantas cosas de la naturaleza humana, pero no cabe duda alguna de que el efecto se produce. En Mariquita conocimos a un hombre que

era inmune a la mordedura de las serpientes más venenosas. Cada que requeríamos un ejemplar acudíamos a él, y él las cazaba a mano. En muchas partes del mundo se han reportado casos iguales. La única explicación que puede darse al fenómeno es que su resistencia proviene del mismo veneno. Aquel hombre había sido mordido en ocasiones anteriores, e incluso había estado al borde de la muerte, pero ya ninguna serpiente le hacía daño —trataba de explicar don José.

Continuaron hablando de lo mismo, y comentando las cosas que veían alrededor y que les salían al paso, hasta que el sol empezó a hundirse a sus espaldas, hora en que el pequeño villorrio de Sopó asomó en lontananza. Había oscurecido por completo cuando irrumpieron en sus calles.



VI

La historia que contó el cura de Sopó



osé Celestino Mutis suponía que Joseph Velásquez seguía siendo cura párroco de Sopó, aunque seguramente muy viejo, y por eso fueron directamente a la casa cural. Para su sorpresa, quien estaba al frente era un curita joven. El corazón les dio un vuelco en el pecho presintiendo lo peor, pero el novel párroco les aclaró que Joseph Velásquez vivía aún, aunque a causa de la edad no ejercía ya el sacerdocio, y moraba en las afueras.

—Podrán ir a buscarlo mañana.

—El Creador lo gratificará con muchas indulgencias si gusta decirnos dónde poder encontrarlo.

—Vive lejos de aquí. No es fácil llegar allá a estas horas. Les recomiendo a ustedes que bajen y descansen un poco. Mañana iremos a buscarlo.

—El asunto que nos trae es de vida o muerte, y viene de parte del propio arzobispo virrey —insistió don José—. Le quedaremos eternamente agradecidos si nos indica el lugar. Nosotros hallaremos la forma de encontrarlo.

—En tal caso, les conseguiré un guía —respondió el cura, impresionado por la prisa y la resolución que mostraban estos repentinos visitantes.

Encontraron el pequeño rancho de toscas maderas después de atravesar la empalizada de un bosque enmarañado, al borde de un valle plateado por la luna. Un perro les ladró al acercarse. La voz cascada de un anciano preguntó desde adentro:

—¿Quién viene por aquí a estas horas?

José Celestino Mutis, que había desmontado, habló pegado a la puerta:

—Somos emisarios del arzobispo virrey. Venimos en paz, buscando al buen sacerdote Joseph Velásquez.

La puerta giró, y envuelta en una gruesa manta apareció una sombra delgada, que no se expuso a la luz plateada de la luna. El perro guardián, que tenía mucho frío, se coló adentro.

—Así me llamaba yo, si mal no recuerdo. Ahora todos me llaman *cura viejo*. Hagan el favor de seguir.

La habitación adonde los invitaba a pasar estaba totalmente a oscuras.

—Hay un banco y una mecedora. Yo me sentaré aquí, en la cama, si no les incomoda.

El guía quedó afuera. Don José y el joven Hernández de Alba encontraron a tientas los muebles que les ofrecía.

—¿No habría manera de encender una vela? —preguntó el sabio, viéndose totalmente perdido en la oscuridad insondable.

—Es una pena con ustedes —respondió el viejo—. No hay velas aquí, no las necesito. Mis ojos se apagaron hace ya mucho tiempo.

—¡Es usted ciego!

—Ciego y cojo, y muy viejo, pero aquí estoy, y aquí sigo.

—Pero alguien cuidará de usted...

—Por supuesto. Todos los días una humilde familia vecina se ocupa de mí. No soy demasiada carga para ellos. Qué raro, hoy tuve el presentimiento de que vendría una visita.

Aunque no había podido acostumbrar los ojos a la oscuridad, José Celestino Mutis imaginó que el viejo sacerdote vivía en extrema pobreza, y lamentó el descuido de no haber llevado consigo algo que regalarle.

—Usted era párroco de Sopó.

—Lo fui hasta hace diez años, cuando no volví a ver la luz. El olor de este valle siempre me gustó. Los olores son muy importantes para nosotros los ciegos. Aquí huele a menta, ¿lo han notado ustedes? Los arrendajos y los mirlos cantan todo el día. Los sonidos son también muy importantes para un ciego. Me retiré aquí.

—Padre Joseph Velásquez —dijo José Celestino con ternura—: el asunto que nos ha traído aquí es de vida o muerte. En Santafé de Bogotá ha estallado una epidemia de viruela. Los primeros infectados han empezado a llegar al hospital, se esperan muchos más en las próximas horas.

—¡Cuánto lo lamento!

—Hace ya algunos años escribí a usted dos o tres cartas, pero nunca obtuve respuesta. Pensé que tal vez se habían extraviado...

El viejo no respondió, pero empezó a moverse con paso tranco en la oscuridad, y fue hasta un rincón de su cuarto, donde reburujó unos papeles. Desde allí caminó derecho hacia ellos. José Celestino perci-

bió que le palpaban la manga de la sotana, antes que el pequeño fajo de un paquetico de cartas le fuera colocado en las manos.

—Éstas son sus cartas, amigo. Nunca las abrí, ya entiendo por qué. Pero se las agradecí mucho, porque desde cuando murieron los míos, allá en Tarragona, nadie me ha vuelto a escribir.

Hubo un silencio patético en la insondable oscuridad. Los recién llegados creyeron percibir el contorno de una imagen como la de los santos de iglesia recortada en un nicho de piedra. ¡El pobre no tenía quién le leyerá las cartas!

—Le decía en estas cartas que, por antiguas noticias llegadas a mí, había conocido que en algún lugar del país usted realizó inoculaciones de viruela, al parecer con buenos resultados, y le pedía que se sirviera referirme esa experiencia. Soy el titular de la cátedra de medicina en la Universidad del Rosario. Mi nombre es José Celestino Mutis.

—¿Es usted el cura Mutis? He oído hablar mucho de usted. Dicen que ha sembrado Santa Fé de enseñanzas revolucionarias. Me hubiera gustado ser su discípulo.

El sabio no se detuvo a comentar estas cosas.

—El caso es, padre Velásquez, que sus conocimientos son en este momento más importantes que nunca. Sin su testimonio es casi seguro que será imposible convencer a la gente que se deje sembrar las viruelas.

El buen sacerdote jubilado no se hizo de rogar. Nada gusta más a los viejos que evocar los recuerdos. Recordar es volver a vivir.

—Eso fue hace ya mucho, mucho tiempo, siendo yo cura párroco de Girón. ¿1740? ¿1750? Qué endiablada cosa es precisar una fecha. Fue un caso muy singular. En Cartagena había estallado una de las más terribles epidemias de viruela de que se tenga noticia. Nosotros nos defendíamos con retenes y cuarentenas. Quien llegara a la ciudad debía permanecer un tiempo aislado y en observación. Pero los retenes los teníamos en los caminos que venían de la costa, no en los que partían hacia Santa Fé, porque en el interior no había peste aún. Pues bien, fue precisamente por esta ruta por donde llegó un día un arriero

que traía el achaque. A los pocos días le brotaron las viruelas más horribles que yo haya visto en la vida, y murió. Lo enterramos en el campo del ejido, no en la iglesia, tratando de evitar que el contagio se metiera al pueblo, pero en los días siguientes enfermaron y murieron la mujer y los hijos. Un vecino pasó sobre la sepultura, se infectó también, y el mal se regó a todas partes. Ante semejante situación decidí sembrarme las viruelas. Yo había leído en una gaceta llegada no me acuerdo de dónde que esto se hacía, y procedí a hacerlo en mi misma persona, para dar el ejemplo.

—¿Cómo lo realizó usted, padre Velásquez? —preguntó José Celestino Mutis, quien seguía con tanta atención las palabras del viejo que creía estar viendo moverse sus labios.

—Es muy sencillo, tome usted nota: se coge un hilo de algodón trenzado, muy limpio, y se coloca sobre la ampolla de una viruela que ya esté secando, una viruela de las menos graves que hayan brotado al enfermo. Allí se empapa en el fluido varioloso. Entonces, con una cuchilla bien afilada, se hace una pequeña incisión en alguna parte del cuerpo del paciente que vaya a ser inoculado. Yo la hice en mi mano, en este lugar —José Celestino sintió que le tomaba la mano y le señalaba el espacio entre el pulgar y el índice—. Sobre esta herida se coloca el hilo infectado y se sostiene cerrando los dedos unas cuantas horas. Eso es todo. A la semana, máximo a los diez días, brotará la enfermedad, dará calentura y aparecerán las viruelas, pero serán tan benignas que ni siquiera hará falta guardar cama. Mi contagio fue tan leve que no recuerdo haber sudado. En seguida procedí a inocular a mi hermana y a sus tres hijos, y luego a todo el pueblo, que acudió presuroso.

—¿Hubo algún caso fatal? ¿Alguien sufrió recaída?

—Entre más de medio millar de seres vacunados sólo falleció uno. Un joven que padecía complicación pulmonar.

En ésta y otras precisiones corrió presurosa la noche. A la nariz de don José comenzaron a llegar, por la puerta abierta del rancho, esos aromas vegetales que anticipan el amanecer. Olía a menta, efectivamente, pero también a clavel, a ciprés, a manzanilla y caléndula.



Paraje - Jesús María Zamora - Oleo

—Tan pronto aclare un poco me encargaré de hacer que les preparen un buen desayuno. Mis vecinos no viven a más de un centenar de pasos.

Había llegado el momento de pedirle lo esencial.

—Padre Joseph —dijo José Celestino con voz un poco cortada—. Todo esto nos ha sido valiosísimo. Sin embargo, es posible que a nosotros no nos crean. ¿Sería muy cruel de mi parte pedirle que nos acompañara, y refiriera estos mismos hechos al arzobispo virrey y a su consejo de gobierno? Él estaría encantado de conocerlo.

Ahora la voz cascada del viejo se escuchó débil y lejana.

—Hijo mío: las distancias son cada vez más grandes para nosotros los viejos. Venir de España en mi juventud fue una simple correría. Hubiera podido darle la vuelta al mundo dos o tres veces, me sobraba energía, pero ahora, con ochenta o más inviernos a cuestas, estos huesos adoloridos a duras penas dan para llegar a la puerta del rancho.

Sus palabras se fueron agotando como los últimos granos de un reloj de arena. Los primeros reflejos de luz habían entrado por fin, y vieron que el anciano se había quedado dormido.

—Vámonos —cuchicheó don José Celestino, levantándose sin hacer el menor ruido.

—Al despertar pensará que soñó esta visita —dijo el joven Hernández de Alba.

—Sí, pensará que todo fue una ilusión —comentó el sabio.

Pero sin que el muchacho lo notara, tomó del bolsillo de su sotana la camándula de cuentas de sándalo, y la enroscó en las manos del viejo.



VII

La resolución que tomó el sabio



olvieron al anochecer, totalmente agotados, después de dos largos días de viaje y una noche sin dormir. En la última tienda del camino, ya en las goteras de Bogotá, se echaron un aguardiente y hablaron con los parroquianos. Las noticias eran aterradoras. El brote de la epidemia se había extendido a nuevos barrios de la capital, el hospital estaba atestado de enfermos.

La peste atacaba por igual a gente blanca que a indios y mestizos, a pobres que a ricos.

—Nada puede hacerse ahora distinto de dormir —dijo don José al despedirse de su joven acompañante, en el cruce donde sus caminos se dividían—. Nos veremos mañana, antes del mediodía.

La india Numilona le tenía las mismas noticias, pero multiplicadas por tres. Según su versión, la gente caía en las calles como moscas, la mitad de las casas de Santafé estaban atestadas de cadáveres.

—Mañana iremos a recogerlos —dijo el sabio, y pasó directo a sus aposentos, después de saludar cariñosamente al gato Tereso, que vino a enroscarse en los pies.

No durmió bien. En medio del sueño vio al padre Joseph Velásquez caminando hacia Santafé de Bogotá apoyado en un palo. Los pantanos le impedían el paso, resbalaba en el barro y se lo llevaban los torrentes crecidos. Se sentó en la cama urgido por la idea de correr a ayudarlo, todavía dormido. Al despertar y caer en la cuenta de que se trataba de un sueño, volvió a recostarse, pero la escena se repetía, mostrando al viejo cura cada vez en peor situación. Por último, se encontró convertido él mismo en el cura Velásquez, viviendo la horrible pesadilla de no poder llegar nunca a Santafé. Amaneció sediento y

adolorido, como si no hubiera pegado los ojos, pero un baño de agua helada lo reconfortó. A las seis en punto, junto con el tañido de las campanas que llamaban a misa, se echó resuelto a la calle.

Iba caminando rumbo a la Calle Real cuando empezó a notar que las beatas se apartaban, y los postigos se abrían y cerraban sigilosamente. El carnicero se escondió detrás de un cuarto de vaca colgada en la puerta de su negocio, el lechero dejó derramar una pinta de leche. «La ciudad está nerviosa», fue todo lo que se dijo, antes de apurar la marcha, deseando llegar cuanto antes al palacio virreinal.

Caballero y Góngora estaba de pésimo humor, y se puso todavía peor cuando don José le informó que el viejo inoculador de viruelas no había venido con él.

—Es un hombre demasiado viejo, no resistiría el viaje. Pero hemos confirmado por su boca la efectividad y la simpleza del método —reiteró.

—Pues entonces tú has quedado como un mentiroso, y yo como un tonto —dijo el prelado.

Y se puso a dar vueltas en la sala, como un gordo moscardón al que se le ha quebrado un ala. Sus hopalandas moradas agitaban el aire frío de la mañana. Al fin reventó:

—¡No te imaginas la sesión que tuvimos aquí! —exclamó alzando los brazos—. Cuando abrí la boca para sugerir que mi sabio de cabece-
ra preparaba una inoculación masiva, estuve a punto de ser lapidado. Alcancé a pensar que había estallado una segunda revolución de los comuneros. El Cabildo en pleno, los oidores, el Fiscal de la Audiencia, y el mismo Regente, este maldito Regente que nos ha enviado Su Majestad y que tantos males ha traído a la república, se levantaron a una sola voz para desgarrarse las vestiduras. Al uno *le preocupaba* que el contagio se extendiera, al otro *le preocupaba* que la gente muriera en el acto, a otro *le preocupaba* que no hubiera lugar dónde enterrar tanta gente. Todos *se preocupaban*. Pero los más audaces rieron en mis barbas, diciendo que sólo yo podía creer que la salud puede obtenerse introduciendo en el cuerpo sano la enfermedad. Lo único que pude alegar era que vendría a hablarles alguien que ha sem-

brado viruelas como semillas de maíz y de trigo se han sembrado en la Sabana de Bogotá. ¡Y ahora me dices que el hombre no ha venido contigo!

Don José agachó la cabeza, apenado. El arzobispo continuó su filípica.

—Esto es obra de los predicadores de la Sagrada Orden, no te quede duda. Próculo Chávez era el más radical, él es uno de ellos. De alguna manera, han averiguado lo que te proponías y los han prevenido a todos. Pero es también culpa tuya, por tus propuestas sin fundamento y por tu falta de pruebas.

El sabio tomó aire para interrumpirlo.

—Es un procedimiento tan sencillo, y tan salvador, que venía a proponeros, excelencia, la publicación de una *Instrucción* donde se diera a conocer la manera de efectuarlo personalmente, para quienes *motu proprio* deseen abrazar el partido de la inoculación.

—Pues eso sería tanto como ponerle fuego a una mina y volar todos por los aires. Olvídate por ahora de tus ideas, y pongámonos a rezar, que Dios es el único que puede ayudarnos en esta emergencia —concluyó el arzobispo. Y diciendo esto agarró a don José por el codo de la sotana y lo condujo hacia la puerta, con el firme propósito de lanzarlo afuera. Pero el sabio se resistió, y se volvió para decir, a guisa de despedida:

—Sírvasse usted informar, excelencia, al bando de *los preocupados*, que esta tarde, a la vista de todo el mundo, José Celestino Mutis se inoculará a sí mismo las viruelas.

—¿Te inocularás las viruelas? ¡Pero estás loco!

—Exactamente: estoy loco —replicó Mutis.

Lo dejó tan pálido como una hoja de papel en la puerta de su sala de recibo, y salió apesadumbrado a la calle, donde se detuvo después de unos pasos. No contar con el apoyo del gobierno ni del arzobispo virrey era lo peor que podía ocurrirle. Por momentos no supo hacia

dónde coger. Se puso a observar a los transeúntes, como buscando a alguien que pudiera ayudarle, y una vez más advirtió que la gente se apartaba, cuando lo usual era que a su paso se formara un corrillo. Le quedó claro que sus adversarios habían hecho correr la malévola especie de que vendría a matarlos sembrándoles las viruelas.

—¡Al cuerno! —gritó—: Vamos a ver quién se sale con la suya.



VIII

El espectáculo que Numilona brindó



se mediodía, José Celestino Mutis se olvidó del almuerzo. La india Numilona mantuvo los platos al abrigo del fogón, puesto el ojo zahorí sobre el gato Tereso, que había aprendido a incursionar en las ollas, y cada diez minutos pegaba pequeñas carreritas a la calle, para echar un vistazo. Cuando le contaron que el sabio había ido al hospital a sembrarse por su propia mano las viruelas en el cuerpo, concluyó que estaba loco de remate.

En realidad, José Celestino Mutis realizó muchas cosas antes de acudir al hospital. Primero visitó a la hermana Dorotea en el hospicio de niños y obtuvo de ella el consentimiento para lo que se proponía. La hermana Dorotea, que creía a ciegas en su sabio confesor, habló con los niños a la hora del almuerzo, explicándoles el peligro mortal que se cernía sobre ellos. Don José se dirigió luego al Colegio del Rosario, donde convocó a sus discípulos. A medida que iba de un lado

para el otro contaba en voz alta lo que se proponía hacer. Santafé de Bogotá era entonces un pequeño villorrio de sólo quince mil almas. La noticia corrió con la fuerza de un huracán de un extremo a otro. A las dos de la tarde no había nadie que no estuviera enterado.

Una multitud de varios miles de personas se agolpó a las puertas del hospital para contemplar lo que para muchos era el suicidio de aquel loco sacerdote. José Celestino Mutis, quien con ayuda de sus discípulos de medicina había preparado los hilos de algodón necesarios para la operación, hizo exhibir un enfermo en una de las ventanas que daba al exterior, y desde allí explicó en voz alta el procedimiento. Después alzó una de sus manos, se practicó una pequeña incisión entre el índice y el pulgar, y tomando uno de los hilos que había sido empapado de humor varioloso en una escara benigna del enfermo, se lo colocó allí.

—Eso es todo —gritó—. Ya he sembrado las viruelas benignas en mí. Ahora esperemos el resultado.

Un sordo rumor escapó de la muchedumbre, que retrocedió algunos pasos. Pero como si se tratara de no conceder ninguna tregua a la ignorancia, el sabio procedió en seguida a inocular uno a uno sus discípulos. Algunos de ellos lo hicieron por su propia cuenta. Mientras esta labor se efectuaba, un apretado desfile comenzó a cortar el piélagó de la concurrencia. Se trataba de la hermana Dorotea, quien acudía al frente de tres docenas de pequeños huérfanos. Todos subieron valientemente al estrado que brindaba la ventana y se dejaron infectar con los hilos de los enfermos. Pero entonces los partidarios de la Sagrada Orden, que se habían mantenido camuflados y silenciosos entre la multitud, comenzaron a gritar:

—¡Crimen! ¡Esto es un crimen! ¡Condénese usted, viejo loco, pero no arrastre a estos pobres huerfanillos a la desgracia!

En lo más ruidoso de la rebuñía de los predicadores, una familia numerosa, donde figuraban desde los más viejos hasta los más chicos, incluidos los criados y esclavos, se abrió paso a codazos hasta la puerta del hospital, donde el cabeza mayor pidió que los inoculasen a todos. Este ejemplo acalló la maledicencia de los de la Sagrada Orden y el

bando de *los preocupados*. Se trataba de una familia de las más prominentes y distinguidas de la capital, y su resolución impuso un silencio avasallador. Todo resultó perfecto hasta que llegó la hora de vacunar a la india Josefa, una de las criadas, pues tan pronto le mostraron la cuchilla con que le iban a rajar el dedo comenzó a patalear como si la fueran a degollar. Los estudiantes de medicina optaron por sujetarla, pero ella les podía a todos. En el marco de la ventana aparecieron, como en el retablo de un teatro de variedades, las enaguas y las piernas alborotadas de la pobre, bailando canción. La concentración se disolvió en medio de las risotadas.

José Celestino invitó a sus alumnos del Rosario a la casa de la Carrera, para ofrecerles un refrigerio y comentar los incidentes de la jornada. La india Numilona batió de mil amores un espeso chocolate y los atendió con suma cordialidad. Estaba enterada al pie de la letra de lo ocurrido en el hospital, y no paraba de hablar de la cobardía de la india Josefa, y de la forma como había mostrado su miedo, y resistido el contagio.

—¿Quién ha dicho que una puede sufrir de tanta flojedad? —decía moviéndose de un lado a otro—. ¡Válame Dios, si para eso semos hechos de la sal de la tierra!

Los pocillos de chocolate humeaban en la larga mesa rectangular, el pan había sido colocado sobre el mantel, todos ocupaban sus asientos, el gato Tereso maullaba debajo, diciéndoles que se acordaran de él. Pero el sabio, en lugar de pronunciar la consabida oración, dijo a sus discípulos:

—Mientras este bocado se enfría, acabemos nuestra obra.

Se levantó y fue por un vidrio en forma de lenteja, donde había llevado unos hilos infectados. Un estudiante fue por la cuchilla, otro por agua limpia, los demás rodearon a la india.

—Cuánto me encanta tu valor, Numilona —dijo el sabio—. Esto no va a dolerte ni lo que duele la picadura de un mosquito.

Cuando la pobre vio la cuchilla, y entendió lo que iba a ocurrir, abrió unos ojos como platos y empezó a retroceder.

—Amo, José Celestino —decía en voz agónica—. Yo todavía no quiero morir.

—Todos estamos infectados en esta casa, Numilona, tú no puedes ser la excepción.

De pronto, la india escapó hacia el solar más rápido que el gato Tereso cuando ella le mordía el rabo. Una loca persecución se inició entre las hierbas y hortalizas que el sabio cultivaba allí, traídas desde España. Se les escabulló dando vueltas inconcebibles en los manzanos y los duraznos, y volvió hacia la casa después de rodear la fuente de piedra. Juan Hernández de Alba intentó detenerla en el corredor, pero huyó hacia la calle. Sólo dos cuadras más allá consiguieron cerrarle el paso y traerla sujeta por una docena de brazos, sin que nadie pudiera taparle la boca. Cuando la inocularon chilaba como un cerdito en el matadero.

El espectáculo ocurrió a la vista de los transeúntes. Pudenciano Sujo, que espiaba de cerca la casa, corrió a decir que la india Numilona moriría en las próximas horas.



IX

La batalla que se perdió y se ganó



ontra todo lo esperado e imaginado, la batalla de la viruela se perdió de manera definitiva en las siguientes treinta y seis horas, pues la gente, en lugar de acudir a inocularse masivamente, se paralizó a la espera de la muerte del sabio. Don José Celestino salió de su casa muy temprano rumbo al palacio de

gobierno a la siguiente mañana, para urgir al arzobispo virrey la dotación de un lugar adecuado, donde los enfermos pudieran ser aislados al menor tiempo posible, pero ahora la gente en lugar de evitarlo se paraba a verlo, y se santiguaba a su paso, como si estuviera presenciando un cadáver. «¡Necio!», se atrevía a gritarle alguno: «¡Eso te pasa por loco!». Don José ni siquiera se sentía enfermo, saludaba efusivamente y sacaba pecho, pero la gente esperaba que cayera muerto de un momento a otro.

En esta espera, el contagio cundió de lo lindo. Los infectados eran presa de fiebre y quebrantamiento general en el curso de unas pocas horas; buscaban la cama y no volvían a levantarse. A los pocos días les brotaban las horrorosas viruelas características del mal y, por lo común, ya no había nada que hacer, porque eran más los muertos que los sobrevivientes. Los enfermos contagiaban a los sanos con extrema rapidez, pero la idea de permitir que los seres queridos fueran sacados de las casas y llevados a un lugar aislado tampoco se aceptaba. Un hombre casado no podía permitir que a su mujer enferma la atendieran otros hombres, así fueran religiosos. Cuando el arzobispo virrey expidió un bando ordenando que los infectados fueran trasladados a los lugares dispuestos para ello, situado el uno en Las Aguas y el otro en el Llano de la Mesa, los vecinos empezaron a ocultarlos. En ocasiones, cerraban y trancaban la casa por dentro. Familias enteras fueron encontradas muertas después de tumbar las puertas.

A todas éstas, don José Celestino corría de aquí para allá, rogándole a la gente que se dejara sembrar las viruelas, e impartiendo medidas sanitarias. Uno de sus clamores era que no se enterrara más gente en la catedral, pues la peste hacía invivible la ciudad, y contribuía al contagio. De los quince mil habitantes de Santafé de Bogotá, nueve mil enfermarían de viruela en el curso de los próximos meses, y por lo menos la mitad de éstos moriría. Por años y años, en las calles sólo se verían caras llenas de hoyuelos, y habría mucho ciego pidiendo limosna.

Pero mientras el negro sudario de la peste cubría la ciudad, la impaciencia de los preocupados radicaba en que el sabio no fuera a salirse con la suya. Cuando se supo que los niños del hospicio habían empe-

zado a presentar los primeros síntomas de la reacción al contagio, anticipo de la inmunidad definitiva que su organismo adquiriría contra el mal, una multitud se agolpó en la Calle de la Carrera, para reprocharlo a grandes voces. Esta vez el motín contó con un orador.

—Sólo a este loco sin entrañas podía ocurrírsele anticipar sobre nuestros hijos un suplicio tan horrible, tan bárbaro, tan doloroso y tan cruel —manoteaba el discursante, embutido en una especie de abrigo con capucha que impedía verle la cara—. Una cosa es que naturalmente este mal ordenado por Dios toque a nuestra puerta, otra es que, por propia voluntad, le entreguemos nuestro cuerpo. ¡*Vade retro*, satán!

Cuando este improvisado orador, que no podía ser otro que Pudenciano Sujo, dejó de hablar y se confundió entre el montón, encontró que le dolía la garganta. Echó a caminar por la calle del Molino del Cubo, rumbo al convento de los predicadores de la Sagrada Orden, a cuyo superior debía rendir el informe de su labor, pero al levantar el pesado eslabón de bronce para golpear en la puerta de roble le temblaba la mano. Entró y pidió un vaso de agua. Se tocó el cuello y halló que ardía de fiebre y tenía las venas hinchadas. Lo llevaron al refectorio para brindarle algo de comer, y después pasó al consistorio donde se celebraba una junta. Al final de la reunión, dos o tres de los participantes sintieron quebrantados los huesos y un poco ardiente la garganta. Pudenciano Sujo ni siquiera pudo levantarse de la silla. Lo pasaron a una cama y allí se echó tiritando de fiebre.

Unos días después se supo que los niños del hospicio salían de cuidado, superado el leve malestar que los afectó con una erupción final de pintas no más grandes que pequeñas pecas, y entonces una cantidad mayor de familias completas acudió al hospital para hacerse inocular. Don José y su equipo de discípulos inocularon a más de mil personas, y dieron instrucciones a otras tantas que lo hicieron por su cuenta. Pero el bando de *los preocupados* lanzó el morbosos espécimen de que la india Numilona había muerto. Numerosos grupos de curiosos se turnaban la vigilia delante de la casa del sabio, esperando

ver salir su cadáver. Algunos rumoraban que había sido enterrada en el patio de atrás.

Nada de esto era cierto, pero el caso de Numilona sí tenía mucho de singular. El propio don José se hallaba perplejo. Numilona se había hecho a la idea de una muerte inevitable, y se comportaba como una moribunda. Había dictado testamento, y había pedido que le aplicasen los santos óleos, dando ayes y suspiros como si estuviera a punto de expirar. Lo simpático del asunto era que ni siquiera tenía fiebre. Don José no paraba de observarla, buscando síntomas de un tabardillo o de cualquier otra enfermedad distinta que pudiera haberla atacado. Por fin, uno de los estudiantes de medicina, llamado Sofonías, se ideó una buena treta, y fue a capturar no se sabe dónde una camada de ratones recién nacidos, que presentó a Numilona en un plato acompañado de una copa de vinagre.

—Es orden de nuestro maestro y superior —dijo con cara de verdugo—, que debes ingerir este remedio, o tendremos que hacértelo comer por la fuerza.

Numilona saltó de la cama y dio media docena de vueltas por el cuarto a la velocidad de la luz, lanzando horripilantes chillidos; salió al corredor y escapó hacia el solar, donde realizó las consabidas piruetas entre las lechugas y las matas de nabo, antes de romper por los manzanos y duraznos. De regreso hacia el interior de la casa cruzó por las alcobas y la sala, a cuya ventana finalmente trepó dispuesta a saltar a la calle. El esfuerzo de la carrera había puesto vivos colores en su cara. Sus ojos brillantes, la vitalidad repentinamente recobrada y el sol que le dio de lleno en el rostro causaron la mejor de las impresiones entre el público. Una salva de aplausos rompió. La gente comenzó a retirarse, convencida de que todo aquello de los rumores de su muerte era una simple broma. Y entre tanto, el gato Tereso dio buena cuenta del plato de ratones.

Cuando se confirmó que ni el sabio Mutis, ni los niños del hospicio, ni la india Numilona habían muerto tras sembrarse las viruelas, nuevos contingentes abrazaron el partido de la inoculación. El propio arzobis-

po virrey Caballero y Góngora se puso con resolución al frente del asunto, y expidió bandos y decretos promoviendo su uso. Las protestas en el consejo de gobierno habían cesado repentinamente. Había muchos claros en las sillas. Los secuaces del bando de *los preocupados*, contagiados por Pudenciano Sujo en las reuniones de conjura, pasaban muy malos momentos en garras de la enfermedad.

Pero, de alguna manera, era tarde. Una epidemia sin antecedentes hacía estragos en la población. Santafé de Bogotá no lo sabía aún, pero aquél se conocería como el año de la Gran Peste.



Passiflora mollissima

D. José Celestino Mutis

Francisco José de Caldas

Francisco Xavier Matthei

Libro segundo

Intermezzo botánico





I

Una alentadora noticia llegada de allende el océano

ecogida su aciaga cosecha, la peste de 1782 se marchó, y durante veinte años la nación quedó en paz. El Rey de España concedió su gracia y su apoyo generoso al proyecto de la Expedición Botánica, y don José y sus discípulos se dedicaron por fin de tiempo completo a la apasionante tarea de analizar, archivar, clasificar, describir y dibujar el maravilloso tesoro vegetal de la Nueva Granada.

Fueron los años más augustos y productivos del sabio, quien vio retribuida con largueza su devoción por América. Desde hacía muchísimo tiempo estaba convencido de que las selvas, los páramos y los valles del trópico guardaban la mayor reserva medicinal del planeta, opinión que compartía con su maestro Linneo, a quien continuamente enviaba mues-



tras y ejemplares que dejaban boquiabiertos a los más grandes botánicos del mundo, pero en muchas ocasiones la posibilidad de explorar con método este tesoro había sido muy incierta.

El año de 1772 volvió a su memoria. Tenía cuarenta años entonces. El virrey Messía de la Cerda, en cuya comitiva personal había llegado como médico de cámara, regresaba a España. Debía partir con él, varias universidades de Europa le ofrecían sus becas. Sin embargo, su vocación estaba aquí, había consagrado su eterna devoción a las catedrales de este universo vegetal, estaba sujeto para siempre a estas tierras de fragancias salvajes. El mundo elemental del trópico agigantaba su espiritualidad, lo hacía sentirse parte de la creación. Las soledades inmensas de América lo sumían en profundo fervor. Pero, además, la desnudez y pobreza de los seres que habitaban esta franja del planeta, situada por debajo del borde de la civilización, hacían más útil y digno su oficio de médico. ¡Era mil veces más necesario aquí que en las cortes!

Desde muy joven le impelía una irresistible inclinación a la ciencia y a la vida del sacerdocio. América acrecentó esa fe. El derecho canónico consideraba incompatible el sacerdocio y la medicina, pero calladamente había tramitado una dispensa papal para continuar ejerciéndola. Donde no existían médicos no se podía renunciar a ser médico, y a ejercer como tal. Clemente VII se la concedió, la guardaba en el bolsillo. Cuando Messía de la Cerda le dijo «Partiremos mañana», tomó la decisión. Como sacerdote era libre de quedarse. «Me quedo», le respondió: «Pertenezco a Dios, y a estas selvas».

La Expedición Botánica le recordó sus estudios en Cádiz. Es muy importante el lugar donde se estudia, si se sabe aprovechar una buena circunstancia. En el Real Colegio de Cirugía, en el Hospital de la Marina de Cádiz, existía una gran biblioteca de autores modernos. La ilustración y la ciencia habían entrado a España por Cádiz, pues las primeras cosas que el Rey modernizó fueron su marina y su ejército, indispensables para defender el Imperio. En aquella biblioteca el joven José Celestino Mutis pasó muchas horas. También existía un jardín botánico. Allí aprendió taxonomía vegetal según el método científico de Linneo. Por casi veinte años mantendría en latín una íntima corres-

pondencia con el sabio sueco. ¡Cuántas horas de práctica clínica a la cabecera de pacientes venidos de América, casi todos marinos enfermos que no paraban de hablar de las maravillas del trópico! ¡Cuántas horas inclinado sobre órganos y cadáveres, intentando asimilar el complejo funcionamiento humano!

Ahora él y sus discípulos neogranadinos realizaban la disección de plantas. Tras reseñarlas y clasificarlas, las pintaban. El Rey enviaba el papel y los fondos, los pintores comenzaron a llegar poco a poco desde distintos lugares: Quito, Santafé, Popayán, la misma España. Don José aprendió a preparar los colores a base de sustancias vegetales. Esta clase de pintura no tenía escuela, se encargó de crearla. Por eso prefería dibujantes bisoños. Se trabajaba en absoluto silencio, si había qué decir algo se escribía en el reverso de las láminas. El trabajo proseguía a la luz de las velas cuando el día no alcanzaba, pues había que terminar antes que muriera la planta. Ellas seguían viviendo en los trazos magistrales de aquellos pinceles devotos. Siete mil láminas en total, algunas tan esplendorosas que don José daba saltos de alegría, gritando: «¡Se desmayarán de envidia los pintores de España!»

Fue un divino intermezzo botánico. Don José era el director de la orquesta, sus pintores, cuarenta y dos en total, sumados los discípulos de ciencias naturales, los herbolarios y todos los demás colaboradores, particularmente el indio Juan Esteban, capaz de bajar una flor de un risco donde no llegaba una cabra, eran los instrumentalistas. La Expedición Botánica fue una orquesta que no tuvo nota mala. Ninguna filarmónica se le iguala. A ratos, las personas que se aproximaban al taller donde se pintaba, o a los invernaderos donde se aclimataban distintas especies, o a las eras y los almacenes, escuchaban una música armoniosa en la que resaltaban todos los registros. *Allegro*, *andante sostenuto*, *grazioso*, *piú andante*, *piú allegro*. Los curiosos se asomaban a hurtadillas por las rendijas y veían a los pintores trabajando en absoluto silencio, y al sabio Mutis pesando en su balanza un escrúpulo de escobilla, o una onza de pasiflora. ¿De dónde salía la música? Nadie lo supo nunca. Era Harmonía, hermana de Botánica.

En esta labor se descubrieron y clasificaron las quininas y mil plantas útiles más. El sabio anotaba todas las aplicaciones que el vulgo daba a



Passiflora Larritae

Francesco Xavier Matús

las plantas domésticas: «cutavieja para hemorragias e infecciones de la piel», «rúchica para el mal de nariz», «hierba mosquita para los cólicos», «castaña de playa para la erisipela», «azuceno para la hidropesía». Enfermos de todos los males pedían remedios desde las cuatro esquinas del reino. Las recetas iban y venían. Sólo un pequeño incidente alteró la normalidad durante aquel tiempo, y fue que cuando se creía cimentada una buena paz entre Numilona y el gato Tereso, éste dio en convidar a todos sus amigos del vecindario a la cocina de la casa de La Carrera, para que la india les diera de cenar. El gato, a diferencia del perro, es generoso con su bocado, pues para eso tiene quien le sirva. Numilona se los quitó de encima a los escobazos.

También completaron la Gran Biblioteca. El señor Mutis siempre había querido organizar una gran biblioteca científica donde sus discípulos pudieran investigar y leer a sus anchas. Traer un libro hasta América en aquel tiempo era una proeza, ciertos libros de ciencias estaban sometidos a censura. Por fortuna, se usaba el latín, una lengua común a los sabios. Linneo escribió su tratado de la clasificación de las plantas en latín, y todos los botánicos del mundo se entendieron de inmediato al respecto. El señor Antonio Nariño, que era un comerciante de ultramarinos, les ayudó a conseguir muchos buenos volúmenes. El joven Francisco José de Caldas aportó mil libros cuando vino a sumarse a la Expedición. En total, llegaron a completarse ocho mil títulos, casi todos de ciencias naturales, la biblioteca científica más grande de la Nueva Granada. El barón Alejandro de Humboldt, que la reburujó en 1801, dijo que se aprendía más en ella que en un viaje a Europa.

Recién llegado a Santafé, y posesionado como catedrático del Colegio Mayor del Rosario, don José había dado una batalla radical a favor del libro. En aquel tiempo el libro era tenido a menos. Lo que valía, lo que se hacía respetar por encima de todo, era el llamado «criterio de autoridad». Los profesores, pertenecientes en su mayoría a la Sagrada Orden, se creían infalibles. Caminaban marchosos frente al auditorio como pavos soplados y realizaban toda clase de piruetas verbales. Su verbalismo rebuscado se llamaba la *dictatio*, o la *lectio*. Los alumnos la copiaban y la aprendían de memoria, y presentaban los exámenes tratando de imitar las palabras, los ademanes y el tono

de voz del maestro. Don José luchó porque eso se acabara, y porque se introdujera el uso del libro. El libro, como punto de partida y de referencia de cualquier género de aprendizaje.

Una gaceta extranjera trajo un buen día consigo la noticia de un descubrimiento que partiría en dos la historia de la medicina. En el condado de Gloucester, en 1796, el médico rural Edward Jenner, advirtió mientras observaba la labor de unos ordeñadores, que las ubres de las vacas mostraban pequeñas viruelas. Las examinó en detalle y no le quedó duda alguna de que se trataba del terrible contagio. Aquellas mismas viruelas prendían en las manos de los ordeñadores, pero no pasaban de allí. De alguna manera, al ser procesadas por el organismo del animal, perdían su malignidad. ¡Los ordeñadores eran absolutamente inmunes al contagio, y nunca habían sufrido un ataque grave de viruelas, ni en medio de las peores epidemias! Jenner tomó el humor varioloso depositado en las pequeñas llagas de las ubres de las vacas, e inoculó con ello a varias personas, entre ellas a su hijo James. El antídoto vacuno resultó prodigioso. ¡Se había descubierto la vacuna!

La noticia puso en ascuas a don José, quien inició de inmediato correspondencia con Europa, buscando la forma de obtener el precioso *vaccino*. Su sobrino Sinforoso, que purgaba una pena de destierro en Cádiz por haber incitado a una conjura que se conoció con el nombre de *la conspiración de los pasquines*, estaba a punto de recobrar la libertad. Le encomendó la misión de buscar y traer la vacuna.

Un buen tiempo después, Sinforoso arribó a las playas de Santa Marta con el delicado encargo en las manos, pero al desempacarlo y observarlo, se descubrió que el humor se había descompuesto.





Passiflora Laurifolia



Hacienda el Novillero

Libro tercero

Veinte años después



Valle de Guaduas - Edward W. Mark - Azeuarela



I

La segunda visita de una porfiada señora

mediados de 1801 los visitó el barón Alejandro de Humboldt, una visita que resultó en extremo importante, pero estuvo llena de toda suerte de vicisitudes. Don José, que ya bordeaba los setenta, pero seguía siendo un hombre animoso y vital, lo atendió con extrema solicitud. La india Numilona preparó los mejores platos para aquel rubio extranjero y su acompañante, un tal señor Bonpland. Ambos quedaron encantados con la mazorra chiquita y las sopas de chorotas, prodigios que nadie sabía sazonar como ella.

Para entonces, el gato Tereso había poblado de tal forma la casa de La Carrera con su descendencia, que la india Numilona no daba abasto. Hijos de Tereso eran abandonados en cestas a la puerta de la casa todas las



semanas, aquello era un orfelinato de gatos. Don José los admitía a todos. Por fortuna, se estaba habilitando una gran casona para los trabajos de la Expedición, a la que se conocería como La Casa de la Botánica. Hacia allí eran trasladados por canastadas los gatos, que de inmediato señoreaban el lugar. Los gatos son monarcas absolutos del sitio donde se instalan.

El señor Humboldt salió por una puerta y la viruela entró por la otra. Esto no quiere decir que la enfermedad viniera con él, pues unas pequeñas cicatrices en su cara indicaban que la había sufrido de joven, y quien la sufría una vez, y la sobrevivía, era inmune. La viruela llegó simplemente porque había cumplido su ciclo, y estaba de vuelta. Pero Numilona no lo sabía, y una tarde se acercó haciendo pucheros al escritorio del sabio, para preguntarle:

—¿Su merced pudiera sacarme una duda?

—Por supuesto, Numilona: ¿Qué quieres saber?

—Dicen en la calle que una segunda peste de viruelas sí la mata a una. ¿Será entonces que esta vez sí voy a morir?

Don José no necesitó escuchar más para saber que había de nuevo viruela en el virreinato.

La confirmación la recibió en el cabildo unas horas después, adonde fue convocado de urgencia como invitado especial, y de boca del propio virrey. Don Pedro de Mendinueta llegó tarde como siempre, con más de una hora de retraso y con la peluca mal empolvada. Según sus palabras, se había detectado peste variolosa en Popayán, Cartago, Ibagué, Cunday y Melgar. El mal podía estar ya dentro de la capital, sin saberse. Don Pedro era un hombre pausado que hablaba arrastrando la voz. A su ritmo, podía pensarse que la peste no llegaría nunca.

Don José estaba allí pensativo, con su blanca cabeza ladeada sobre unos papeles, esperando a que el gobernante acabara su informe. Después de escuchar a Numilona, había dado por descontado que la peste, de no hallarse ya en la ciudad, andaba muy cerca. Por eso, tan pronto el mandatario concluyó su perezoso discurso, se puso de pie y pidió la palabra.

—Señor, tenemos buena aritmética de lo ocurrido en 1782 —dijo abriendo sobre la mesa unos papeles donde estaban anotadas con detalle las estadísticas de aquella epidemia—. Mil personas fueron inoculadas en el hospital de San Juan de Dios y, por lo menos, otras setecientas lo hicieron por su propia cuenta, sin que se presentaran más que uno o dos percances fatales, no por causa de la operación, sino por hallarse aquellas personas gravemente enfermas de otros males.

Don Juan Hernández de Alba, quien también estaba presente en el concilio, y a estas alturas era oidor y pasaba ya de los cuarenta, se puso igualmente de pie y respaldó las palabras de su antiguo maestro. Pero nadie contaba con que el virrey Mendinueta sufriera miedo pánico a la inoculación.

—Soy enemigo acérrimo de anticipar el mal —cortó tembloroso—. Si a ese extremo ha de recurrirse, que sea a última hora. Pero pienso que por distintos medios podemos cortar su propagación. Mi plan consiste en establecer retenes y cuarentenas, y montar por lo menos cuatro hospitales: uno en el convento de Las Aguas, otro en la casa de La Orden Tercera, otro en la Huerta de Jaime, uno más en la Casa de la Botica. Hará falta un buen servicio de camilleros, que debemos organizar. Es necesario conseguir un burro para cargar leña y hacer quemas que purifiquen el aire y ahuyenten la infección. Esto, y una buena junta de vigilancia, es más que suficiente para afrontar la emergencia.

El oidor Hernández de Alba y don José intercambiaron miradas. El plan era bueno.

Pero hasta aquí llegaron los ímpetus del virrey. Don Pedro de Mendinueta hablaba como candidato en tiempo de elecciones, y dio por cumplido su encargo con presentar al cabildo estas iniciativas. El engorroso detalle de conseguir el dinero para ejecutarlas correspondía a los ediles. Se levantó con gran aparatosidad, haciendo brillar los ribetes dorados de su traje de terciopelo, se limpió la frente brillante con un pañuelo perfumado y se retiró con sus edecanes. Y aquí dio comienzo el batiburrillo. Plata no había por ninguna parte, las arcas del virreinato estaban más vacías que estómago de vagabundo. En los últimos tiempos España se llevaba el doble de lo normal. Los ediles no



La Sabana - Eugenio Peña - Oleo

necesitaban repasar los libros de contabilidad para saber que los cuatro hospitales, el burro y el servicio de camilleros propuesto por el virrey, no podían ser costeados con recurso alguno. Entonces Hermenegildo Amador, un edil apodado *El Diablo* por la clase de propuestas que se le ocurrían, propuso una medida descabellada.

—Para qué decimos mentiras, señores —chilló con su voz de lata—: los únicos fondos de donde puede ser sacada esa plata son las rentas decimales de la iglesia, la limosna de la bula de carnes, o las rentas del arzobispo y del cabildo eclesiástico. Esta es plata de la curia. Tomémosla a manera de préstamo.

La propuesta reventó como una bomba en el salón del cabildo. Los partidarios de la Sagrada Orden, muy menguados a raíz del gran estrago que la peste de viruela de 1782 había causado en sus filas, volvieron a encenderse con los viejos furores de la intransigencia.

—¡Hereje! —gritaron a Hermenegildo—. ¿Por qué no propones que financemos la campaña con los ahorros de tu madre?

—Porque mi madre está muerta —dijo el tunante.

De esta manera, se inició una marimorena que fue radicalizándose con el paso de las horas. Al virrey le fue consultada la propuesta y la negó de plano. El cabildo tenía que encontrar sus propias fuentes, no meter mano en las ajenas. Hizo venir al mayordomo de rentas de propios y le ordenó abrir los libros en su presencia. Allí, después de hurgar una tarde completa, se descubrió que existía una pequeña suma que podía tomarse. Se trataba de los fondos de una lotería creada para redimir mujeres libertinas.

—Sáquese de ahí —dijo con voz arrugada y estropajosa—. Y no se hable más del punto.

Dos noticias sacudieron la ciudad en las siguientes horas. Primero los predicadores de la Sagrada Orden propalaron el rumor de que se pretendía expropiar los bienes de la iglesia. Pudenciano Sujo comenzó a organizar a marchas forzadas una nutrida manifestación para abuchear el cabildo. Por aquel tiempo era un hombre cincuentón, al que apodaban *El Tuso*, debido a la gran cantidad de hoyuelos y cicatrices

heredadas de la epidemia de 1782. Su cara, ciertamente, parecía la tusa de una mazorca. Pero la naturaleza humana no cambia, y tan pronto se formó el nuevo bochinche, corrió a presidirlo.

El segundo factor entró en juego cuando los vecinos del marco de la Plaza Mayor, y de otros lugares de baja reputación, organizaron una contramarcha para protestar contra la idea de echarle mano al fondo de mujeres libertinas. A la siguiente mañana, cuando el cabildo se reunió en pleno para aprobar la orden del virrey, ambas fuerzas chocaron a sus puertas. Por un lado, una multitud de beatas comandadas por Pudenciano Sujo, vestidas de gris y armadas de paraguas y estandartes. Por el otro, el pequeño pero beligerante ejército de las mujeres licenciosas, secundadas por la plebe de la capital. Una batalla tan enconada como no se veía desde los tiempos de los comuneros. Pudenciano Sujo quedó en medio de los dos bandos y recibió toda clase golpes. Hubo doce heridos, treinta y seis contusos y cuarenta detenidos.

Pero aquello era sólo el comienzo, pues tan pronto se establecieron los retenes y las cuarentenas, un gravísimo problema de acaparamiento y especulación se apoderó del comercio. Los tenderos decían que sus mercancías no llegaban, las marchantas alegaban que las autoridades impedían la entrada de los víveres. Y, en efecto, como cada persona que pretendiera ingresar a la ciudad debía ser puesta en observación, todo acabó por enredarse. El correo demoraba, los productos de tierra caliente se perdían a las puertas de Bogotá, los suministros de la Sabana se quedaban en el camino. Resultado, los precios se treparon a las nubes. Otra vez a las puertas del cabildo estallaron las protestas. Unas eran los pataleos de los consumidores, otras los de los comerciantes. Y a todas éstas la peste no llegaba, y la gente no entendía tanto barullo.

Por último, cuando no hubo cómo sostener a *Jacinto*, el burro que se estaba empleando para traer leña de los montes vecinos y hacer quemas en las esquinas de la ciudad y purificar el ambiente, los cabildantes se salieron de casillas. No había plata para nada, todo el mundo les echaba la culpa de todo, la gente los insultaba en la calle. El

Alfárez Real exigió que se pusiera al Rey al corriente de la situación, y el cabildo en pleno se sentó y escribió una prolija y detallada misiva a Su Majestad Carlos IV, contándole todos los problemas que aquejaban a la asediada Santafé por causa de la viruela.



II

Por qué la peste no entraba a la capital, y lo acontecido cuando entró



todas estas, don José y su equipo de la Expedición Botánica estaban entregados a una actividad tan febril como inusitada. El joven botánico Eloy Valenzuela los había convencido de una insólita posibilidad: si la viruela pegaba en las vacas europeas, y ellas la convertían a manera de leche milagrosa en antídoto, ¿por qué razón las vacas americanas no podían tener la misma virtud? La viruela había campeado por todo el Nuevo Mundo a sus anchas; hasta en las más remotos confines se habían visto sus estragos. ¿No existía también aquí la vacuna?

Una noche hablaban apasionadamente de este tema alrededor de una botella de vino, y la india Numilona los escuchaba, como escuchaba siempre lo que decían. Nadie le había pedido su opinión, pero de

pronto levantó los ojos de las medias que remendaba, y como poseída por una visión sobrenatural, dijo:

—Sus mercedes permitan que meta mis narices en lo que no me importa, pero estoy segura de haber visto esas vejigas de que hablan en las tetas de *Apolonia*, una vaca de mi taita Tiburcio, allá en el valle de Tenza.

Las bocas quedaron abiertas de par en par, algunas copas se derramaron en el mantel. Don José Celestino sólo recuperó el habla para exclamar:

—Repite palabra por palabra lo que acabas de decir, Numilona.

La india lo repitió sin parpadear. Un nieto del gato Tereso, que ocupaba una butaca cercana, maulló para reafirmar. Los planes generales se trastocaron por completo.

—¡Hay que ir a los hatos! —dijo Francisco José de Caldas.

Se repartieron la Sabana de Bogotá y muy a la madrugada escaparon a caballo por las puertas de la ciudad, hacia las haciendas de donde provenían la leche y los quesos, llevando por misión revisar cada vaca, una por una.

Don José y el oidor Juan Hernández de Alba buscaron entre tanto mantenerse muy cerca del virrey, tratando de convencerlo de tomar nuevas medidas. Una era la inauguración de un cementerio externo al perímetro de la ciudad, donde en caso de haber mortandad pudieran enterrarse de manera adecuada los muertos. Mendinueta dijo que sí, y destinó para el efecto uno de los ejidos municipales. Los solicitantes se trasladaron sin pérdida de tiempo a la casa del arzobispo, para rogarle que bendijera el lugar y lo declarara camposanto. Este asentimiento también se logró, pero Pudenciano Sujo, que ya había curado un poco de las heridas recibidas en la batalla de las beatas y las mujeres licenciosas, abrió nueva y radical campaña, declarando que ser enterrado fuera de los muros de una iglesia equivalía a ser sepultado como apóstata.

Los exploradores volvieron ocho días después y, para tristeza general, las noticias eran negativas. En ninguna hacienda de la Sabana ni de sus alrededores se había encontrado vaca alguna que portara el

vaccino . Era posible que algo diferente ocurriera en tierra caliente. Todos estaban dispuestos a emprender correrías más largas.

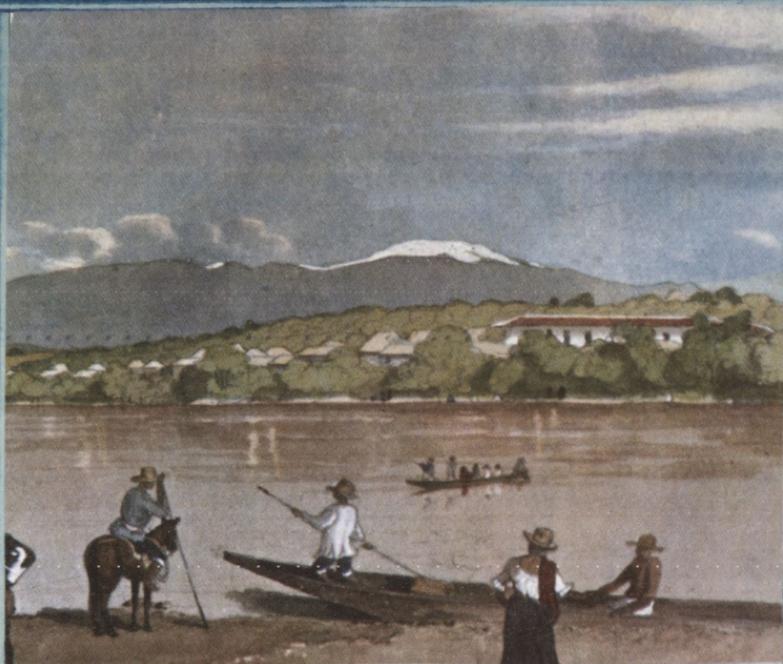
Pero el sabio había cambiado los planes. La búsqueda en regiones distantes podían realizarla comerciantes y viajeros amigos, que eran los encargados de enviarle plantas exóticas y productos poco comunes. Había hablado con ellos, y les había ofrecido una buena recompensa por el hallazgo de lo que buscaban. A sus discípulos los necesitaba para una misión más urgente.

Esa noche Numilona escuchó que la peste había tocado en La Mesa de Juan Díaz y en Mariquita, así como en otras poblaciones y territorios donde operaba la Expedición Botánica. No en vano tenían muchos amigos allí entre la gente del común y las autoridades. El plan del señor Mutis era partir de inmediato hacia estos lugares y poner en práctica una campaña de inoculación masiva. Todo debía realizarse sin ningún aspaviento, como una iniciativa espontánea y aislada. No debía vincularse a la Expedición Botánica para nada. Si alguien era interrogado al respecto, diría que lo hacía *motu proprio*.

Todos habían llegado muy cansados de la correría por la Sabana, pero a la madrugada siguiente Numilona los despidió a la puerta de la casa de La Carrera, llorando y repartiendo pocillos de café negro.

Nadie, ni siquiera Pudenciano Sujo, que vigilaba muy estrechamente los pasos del sabio, echó de menos a los miembros de la Expedición, porque don José permaneció muy visible en la ciudad, yendo de un lado para el otro, y presionando con Hernández de Alba nuevas provisiones oficiales. La estrechez de los fondos destinados a enfrentar la emergencia, y la discordia surgida alrededor de su empleo sólo habían permitido tomar en alquiler una casa de Chapinero para destinarla como hospital. Cuando fue a verse, se descubrió que carecía de puertas y ventanas.

Un nuevo hecho agravó el riesgo que se cernía sobre la capital, y fue que el virrey Mendinueta, acuciado por los reclamos de los comerciantes, y por las quejas del público que se dolía de la carestía, derogó la medida de los retenes y las cuarentenas. Las compuertas quedaron abiertas. El contagio tenía puerta franca para entrar y hacer de las



Ambalema - Edward W. Mark-Squarela

suyas. A don José no le quedó duda alguna de que la epidemia era inevitable. Todo era cosa de tiempo.

Sin embargo, la señora viruela no llegaba. Una barrera había sido tendida a lo largo de las poblaciones que bordean el gran Magdalena: Guamo, Espinal, Ibagué, Ambalema, Tocaima, cualquier sitio adonde pudieran correr los emisarios de la Expedición Botánica se convertía en escenario de inoculación masiva, y niños, jóvenes, adultos y viejos ofrecían sus brazos y manos al antídoto que las mismas viruelas de los enfermos brindaban. De tarde en tarde, don José Celestino recibía un papelito, que leía y guardaba en el bolsillo más hondo de su sotana. «La Mesa de Juan Díaz os saluda con el pecho en alto». «Melgar brinda por vuestra salud». Eran mensajes en clave, que daban cuenta de los avances de la batalla. El viejo sabio sonreía. Su rostro, en lugar de la serenidad habitual del pacífico sacerdote, adquiría la altivez de un avezado mariscal de campo.

Su vigilia estaba centrada por entero en la protección de la capital. Santafé había crecido, y ahora contaba con veintidós mil habitantes, la mitad de los cuales eran menores de diez años. ¡Los niños! Bajo ningún motivo volvería a ocurrir lo de 1782. Al menos mientras él pudiera luchar. Y que estaba luchando con uñas y dientes lo confirmó el hecho de que el año de 1801 se fue sin que la peste pusiera sus horribles garras en la capital, y el de 1802 arribara y empezara a correr de la misma manera.

Sobra decir que estaba absolutamente tranquilo, pues tan pronto el primer infectado se dejara ver, Numilona le avisaría. Y así fue. Una mañana, igual que veinte años atrás, ella llegó de la calle con el canasto al brazo y caminó directamente hacia su escritorio, pálida pero segura, alarmada pero resuelta. Don José la miró con ojos penetrantes, y lo supo todo.

—¿Dónde? —preguntó a media voz.

—En la Calle de la Ropa.

No llovía, pero salió muy abrigado, y se llevó el paraguas escondido tras de la puerta, por si acaso. Un centenar de pasos afuera chocó con el oidor de Alba, que venía corriendo a su encuentro.

—¿Adónde lo han llevado? —preguntó el sabio.

—Al hospital de San Juan de Dios. Es una familia completa.

Fueron y lo confirmaron. Ya no estaba el hermano Segismundo, pero el hermano Ruperto, que era su sucesor, los recibió de muy buen talante. El cabeza de familia, un vendedor de batán proveniente de las tierras calientes, hervía de fiebre y estaba cubierto de puntos. Su mujer y sus cuatro hijos también estaban infectados.

Reiteraron los consabidos cuidados que debían tenerse en cuenta para éste y los demás casos que pudieran presentarse, y caminaron sin prisa rumbo al palacio virreinal.

—Ya sabes lo que debe hacerse —iba diciendo el sabio al oidor.

—Lo sé perfectamente —respondió Hernández de Alba, al tiempo que trataba de extraer un hilo del borde de su jubón.

—Vas a dañar la prenda —observó don José—, deja eso. Esta sotana tiene mucho más de donde sacar una hebra.

Y doblando la manga, extrajo el rabo de una costura, y lo puso en manos de su acompañante.



III

La cara de un virrey frente a un hilo de algodón



on Pedro de Mendinueta tomó un pellizco de rapé de su tabaquera, y sólo después de aspirarlo profundamente por la nariz salió a recibirlos. La visita de aquellos dos hombres lo ponía nervioso, porque

cuando no acudían con malas noticias venían a exigir algo peor. En particular, encontraba que la presencia del sabio Mutis en Santafé menguaba su autoridad. Por eso un pellizco de rapé le caía bien cada que lo veía.

Las noticias que le traían esta vez eran a ojos vistas peores de lo que suponía. Los dos hombres se habían quedado a la puerta de su despacho, pálidos y sombríos. Los invitó a seguir, pero a duras penas traspusieron el umbral.

—Venimos del hospital, excelencia, es mejor que hablemos desde aquí —explicó el oidor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pedro de Mendinueta, alarmado.

—La peste, señor, la peste está en la ciudad —respondió don José, con voz entrecortada.

El virrey retrocedió un paso y se colocó detrás de una mesa.

—Bueno, se sabía que tarde que temprano tendría que llegar —dijo pasándose un pañuelo por la frente abombada, repentinamente sudorosa.

—Y ha llegado con fuerza —subrayó Hernández de Alba—. Una familia completa se debate entre la vida y la muerte.

José Celestino Mutis le rapó la palabra:

—En las próximas horas habrá cientos de casos. En una semana habrá miles. Estamos en tiempo de verano, el calor expandirá el contagio con celeridad. En 1782, tuvimos nueve mil infectados, y eso que el tiempo era frío.

Mendinueta se dejó caer en una silla, abatido.

—Bueno, las medidas están ordenadas...

—Sí, sí, eso es cierto, excelencia —cortó el oidor—. Su señoría ha sido en extremo previsivo, nadie podrá quejarse al respecto. Sólo nos preocupa una cosa.

—¿Qué?

—Vuestra integridad —dijo Mutis—. Por ningún motivo el señor Virrey puede ser vulnerado por el contagio. En medio de esta emergencia, antes que cualquier otra cosa, el virreinato necesita a su gobernante.

—Bueno, eso es cierto, pero no creo que nada vaya a ocurrirme...

El oidor Hernández de Alba adelantó dos pasos y exhibió al virrey el pedacito de hilo que sujetaba en la punta de los dedos.

—Hemos empapado este trocito de algodón torcido en las vejigas de uno de los enfermos. Su señoría, la señora virreina y todos los miembros de esta casa deben inocularse de inmediato. Sólo eso los preservará de una muerte segura.

—Sin que se supiera cómo, el virrey apareció de pie, detrás del espaldar de la silla.

—Haga usted el favor de no aproximarse —rogó levantando una mano.

—Considero esto un asunto de Estado —insistió el sabio Mutis—. Su excelencia está obligado a preservar la vida para atender los asuntos del Rey, y debe sembrarse las viruelas. Es tanto como pedirle que se cubra con un escudo en medio de una batalla...

La caja de rapé apareció de nuevo en las manos temblorosas de Mendinueta, quien tomó un gran pellizco y lo aspiró con ruido. Parte del polvo de tabaco se regó sobre las solapas de su levita.

—Preferiría otra clase de solución.

—No existe otra clase de solución —reiteró don José—. La única sería ausentarse a un lugar donde el contagio no haya llegado, y permanecer allí por tiempo indefinido.

El virrey soltó un gran estornudo, y por poco se va de cabeza encima de la mesa.

—¿Cree usted que Guaduas esté ya infectado?

—No, Guaduas está libre de la peste.

—Ésa es la solución. Mi familia y yo estaremos listos en menos de dos horas para marchar hacia Guaduas. Un buen equipo de correos me permitirá gobernar a distancia...

—Eso nadie lo discute —declaró el oidor Hernández de Alba.

—Me hace usted feliz —dijo don José—. Nada puede tranquilizarme tanto como saber que el gobierno está a salvo.

El virrey dio unos pasos y tomó el pomo de una puerta con ánimo de largarse, pero el señor Mutis lo detuvo para hacerle una última petición.

—Señor —dijo en tono persuasivo—: sería importante dejar a alguien con suficientes poderes para enfrentar la emergencia a vuestro nombre. Os sugiero al oidor Hernández de Alba.

Mendinueta los miró con aire dubitativo. La sugerencia no le cuadraba, estuvo a punto de negarla, pero como lo principal era poner pies en polvorosa, aprobó.

—Dejaré un bando firmado: usted tomará las medidas pertinentes, y me dará cuenta cada veinticuatro horas.

—Cada veinticuatro horas —repitió el nuevo jefe de sanidad.

—Cada veinticuatro horas —refrendó el sabio.

Ambos se doblaron en una profunda reverencia. Cuando volvieron a levantarse, el mandatario no estaba. Los setenta años de don José Celestino no le impidieron brincar en el salón abrazado a su fiel discípulo y acompañante, como un par de colegiales que han ganado el año.

Dos horas después, antes que se conociera que el señor virrey y su familia se habían ausentado de Santafé de Bogotá, un par de pregoneiros hizo público en las esquinas de la Plaza Mayor el bando que encargaba al oidor Juan Hernández de Alba del ramo de la sanidad pública. Sus poderes al respecto eran absolutos y discrecionales.

A la media hora se escuchó el otro bando, esta vez firmado por el propio Juan Hernández de Alba. Se informaba oficialmente la presen-

cia de la viruela en la capital, y se decretaba la urgencia de efectuar una inoculación masiva. La medida no tenía carácter obligatorio, pero se conminaba a los pobladores para que abrieran sus puertas a los emisarios y escucharan atentamente los beneficios que podían derivarse de la operación, o los peligros a que se exponían de no hacerlo.

Y, entre tanto, don José Celestino Mutis preparaba a marchas forzadas un pequeño ejército de sangradores e inoculadores, reclutando para ello a los estudiantes de medicina, a los barberos y a las comadronas.

Todo 1802 se iría en aquella enconada batalla, que antes que nada se estrellaba contra la superchería de la gente y contra las más absurdas creencias. Por uno que la viruela mataba se inoculaban diez. Al fin, el 31 de marzo de 1803, pudo declararse que la peste estaba bajo control. Habían sucumbido un poco más de trescientos pobladores, pero la suma era infinitamente menor que la hecatombe de veinte años atrás.

—Hemos ganado terreno a la muerte —declaró humildemente el sabio—. Hemos ganado terreno, pero la batalla no ha terminado, pues jamás estaremos seguros hasta no contar con la *vacuna de Jenner*.

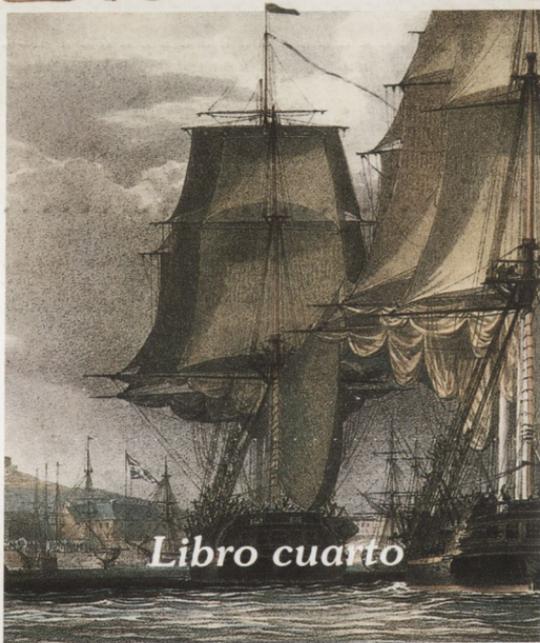




Cuidado y regalos a un niño enfermo en un hospital de Paris.
Ilustración de Le Petit Parisien, 17 de diciembre de 1893.
Cortesía del doctor Adolfo Harker Peralta
Fotografía: Marco A. González



*S.M. Carlos III de España
Goya*



Libro cuarto

**El viaje
de las luces**



Antonio Fernán y Borbón

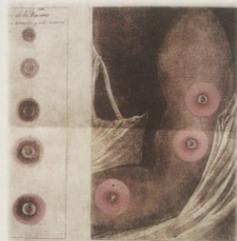


*"Los maravillosos efectos de la nueva inoculación"
Grabado de Gilbray*

I

Los efectos de una carta olvidada

asi al tiempo con los acontecimientos que acabamos de referir, y sin que en la Nueva Granada se supiera, y mucho menos en la fría y nublada Santafé, donde nadie quería hablar de viruelas, el 30 de diciembre de aquel año de gracia de 1803, una corbeta bautizada *María de Pita* zarpó del puerto de La Coruña, rumbo al Nuevo Mundo. A bordo de ella viajaban veintidós niños, uno de los cuales había sido inoculado con la *vacuna de Jenner*. Una pequeña ampollita le había brotado en lo alto del brazo, donde había sido punzado con una lanceta. Esta única y benigna viruela era la reacción al germen, y a la vez el antídoto. Permanecería sobre su piel a lo sumo nueve días, al cabo de los cuales cicatrizaría. Pero antes que eso ocurriera, con ella misma se inocula-



*Progresión de granos
de vacuna contra viruela*

ría a otro niño, y así se iría replicando de brazo en brazo, para conservarla hasta arribar a los costas de América, donde podía ser reproducida ampliamente.

Aquella insólita expedición, que traía al frente once personas adultas, y tenía por director general al médico Francisco Javier de Balmis, y por subdirector al cirujano catalán José Salvani Lleopart, era el resultado tardío pero efectivo de la carta que los cabildantes de Santafé habían enviado a Carlos IV año y medio atrás, en medio de la crisis. Cartas iguales llegaban a la corte española desde muchas partes denunciando situaciones semejantes, pues la viruela azotaba con furor la geografía del Imperio. El Rey vivía muy preocupado por la despoblación que la peste causaba continuamente en el territorio de sus colonias. Sólo que ahora, y por primera vez en la historia, se contaba con un arma efectiva: el descubrimiento de Jenner. Carlos IV preguntó al Consejo de Indias cuánto podía costar el envío de la vacuna a los americanos.

La cosa hubiera sido muy fácil y muy barata si ya se hubiese descubierto la forma de transportarla en soluciones que impidieran su descomposición, pero este procedimiento se desconocía. La única posibilidad de traerla activa hasta América era una expedición filantrópica donde los niños sirvieran de portadores. Sobraron los voluntarios.

Desde tiempos inmemoriales, los niños habían sido las víctimas predilectas de la viruela. Había llegado el momento de vencerla, y el honor de la batalla y los laureles del triunfo les fueron concedidos a estos caballeritos. Y así fue. ¡El mundo lo ha olvidado, pero la primera gran derrota de uno de los peores flagelos de la humanidad alcanzada por la medicina moderna, la primera gran victoria en toda la línea, la comandaron los niños! Ellos fueron los adalides y los soldados. ¡Honor a aquellos pequeños y grandes héroes!

Sin embargo, aquel gran proyecto, conocido como *El Viaje de las Luces*, estuvo a punto de fracasar en el primer lugar del Nuevo Mundo donde tocó, que fue Puerto Rico, y esto porque el señor Balmis, su director, era un hombre sulfuroso y autoritario, que se encendía en ira al primer problema, como un fósforo cuando le raspan la cabeza. Quiso

el destino que al llegar a Puerto Rico se enteraran de que la vacuna ya había sido difundida en la isla. Mucha gente intentaba por sus propios medios traer el *vaccino* a su país, como había tratado de hacerlo el sabio Mutis en la Nueva Granada. Alguien la llevó a Puerto Rico antes que llegara la Real Expedición Filantrópica Antivariolosa enviada por Carlos IV, y más tardó el señor Balmis en saberlo que en montar en cólera ciega, creyendo que todo el largo y costoso viaje desde España se había perdido. Era un hombre de mirar arisco, con una peluca que le envolvía dos bucles sobre las orejas. Tan pronto le contaron que el antídoto ya se había difundido, espetó al gobernador de la isla una gargantada de insultos, diciéndole que como mínimo se habían utilizado falsas vacunas. El otro, que era de carácter muy parecido al suyo, le respondió gruñendo y mostrando los dientes, y allí estuvo a punto de armarse Troya. En medio de semejante zafarrancho sólo fue posible conseguir cuatro niños para llevarlos como portadores. Se suponía que este número era suficiente para llegar con la vacuna hasta Venezuela, pero hubo tormenta y *La María de Pita* perdió el rumbo. Durante varias semanas deambularon inmersos en la bruma de un mar picado que no los llevaba a ninguna parte. Nada más quedaba un niño a bordo con la viruela en sazón para ser replicada cuando la costa se dejó ver, y avistaron a Puerto Cabello. Un bote fue echado de urgencia al agua para bajar a tierra y avisar la emergencia que se vivía, pues si no se utilizaba aquel mismo día, el pequeño grano se cerraría para siempre. Veintiocho niños con sus padres corrieron a la playa para ofrecer sus brazos y salvar la vacuna en sus propios cuerpos, pero aquel terrible error del señor Balmis por poco lo lleva todo al fracaso.

En adelante, lo que se hizo fue dividir la expedición cuantas veces fuera posible. En las bifurcaciones de los ríos, en la separación de los caminos y en el cruce de las distintas rutas alguien capacitado y responsable se hacía cargo de un nuevo grupo de niños que portaban el *vaccino*, y partía en otra dirección. La vacuna sólo podía conservarse propagándola. La peste, por lo demás, debía ser erradicada de todo rincón, no se podía perdonar un solo lugar donde pudiera esconderse, en cada nueva localidad unos niños eran relevados por otros. De esa manera la campaña no tenía fin, y en sólo Venezuela se inmunizaron

107 poblaciones y cerca de cien mil personas. Pero aparte de ello, se logró otro gran triunfo de la ciencia en suelo americano: en Calabozo, el 15 de noviembre de 1804, el doctor Carlos del Pozo obtuvo la propagación de las viruelas en las vacas locales, y fundó así el primer banco de vacuna en el Nuevo Mundo.

Dos grandes brazos de la expedición salieron de Venezuela después de permanecer cincuenta días allí. El doctor Balmis, a bordo de *La María de Pita* viajó hacia Cuba, en tanto José Salvani, su subalterno, enrutó hacia la Nueva Granada en el bergantín *San Luis*, cada uno con un pequeño grupo de niños portadores a bordo.

El señor Salvani era alto, espigado, de grandes ojos saltones, todo rebosante de entusiasmo. Ninguna distancia le arredraba. Sólo tenía veintiséis años cuando tomó el mando de su expedición. Llevaba un diario de bitácora donde iba anotando cada detalle de la campaña, y no existía trabajo al que no estuviera dispuesto. Le gustaban los juegos y las tertulias, y era capaz de pronunciar discursos interminables hablando de la vacuna. Nadie sabía que se mantenía febril, y que a duras penas dormía unas cuantas horas a la semana.

En La Guaira, antes de salir, tuvo el acierto de contratar los servicios de un negro liberto llamado Dominico, para que le colaborase en la protección de los niños. Algunas personas mayores venían con ellos, pero no se advertía que tuvieran experiencia en trabajos de navegación. Dominico, en cambio, había sido boga en el Orinoco, y nadaba como un pez. El viaje se inició bajo los mejores auspicios.

Cierto día de comienzos de mayo de 1804, una inesperada carta llegó a manos de don José Celestino Mutis. En ella se le informaba que el cirujano José Salvani Lleopart había partido rumbo a la Nueva Granada en compañía de cuatro niños, uno de los cuales traía la salvadora ampolla de la viruela implantada en su brazo. Se proponía llegar a Cartagena, y desde allí seguir a lo largo del Magdalena, para remontar hasta Santafé. Era indispensable que en todos los lugares a su alcance se tuviesen niños preparados para replicar el antídoto y llevarlo a nuevas poblaciones. Al sabio le costó trabajo leer aquella noticia porque los ojos se le nublaron de lágrimas. Había visto morir a miles de seres



*Barco de vapor a orillas del Magdalena.
Oleo: Giovanni Ferronni*

en la peor de las circunstancias, le parecía increíble que al fin alumbrara la esperanza. Numilona, que lo observaba de reojo desde la cocina, pensó que le había llegado un mal anuncio, y le arrimó un pocillo de té.

—¿Estará “endespuesto” su mercé? —preguntó con arpegios de pajarito.

—No, Numilona —dijo el viejo sabio—. ¡Estas lágrimas son de felicidad!

Una carta semejante fue recibida por correo oficial y colocada en manos del nuevo virrey, que para aquel tiempo era don Antonio Amar y Borbón, recién venido de España. Este dichoso funcionario tenía la costumbre de remangar la nariz cuando algo no le gustaba. Así lo hizo esta vez, y por las troneras de los ollares le asomaron las puntas de muchos pelos bermejos.

—Esto no hace falta aquí —dijo a su secretario—. En *mi* administración hemos erradicado por completo la viruela, Santafé está libre del contagio, escriba al señor Salvani que siga de largo.

Pero don José ya venía entrando, con una cara tan alegre como unas pascuas, y agitando en el aire los pliegos de su carta.

—Excelencia, tenemos las mejores noticias que hayan llegado a este reino en toda su historia: la vacuna de la viruela está aquí.

El señor Amar y Borbón lo miró con extrañeza.

—¿Y ya para qué? —preguntó—. ¿No se la han pasado usted y sus discípulos inoculando a la gente? Santafé está salvada.

El sabio lo contradijo de un solo tirón:

—La inoculación era una medida desesperada, un reemplazo benigno de una enfermedad mortal. La vacuna es una cura definitiva. Lo que el señor Salvani trae consigo es el prodigio del siglo.

Su señoría el virrey desarrugó la nariz, que había montado a la altura de las antiparras con que miraba, y puso una cara más amable.

—Siendo así, debemos pensar en un buen recibimiento.

—El más feliz que podamos hacerle —recomendó el sabio.

Pero no imaginaba don José las que estaba pasando Salvani en aquellos momentos, pues el *San Luis*, luego de doblar el Cabo de la Vela y bordear la costa caribe de la Nueva Granada, se aprestaba a adentrarse por las bocas del río Magdalena. En este lugar, como resultado del choque entre la corriente del río y las aguas embravecidas del mar, la marejada es tan terrible como una estampida de caballos desbocados. El negro Dominico advirtió al capitán que el turbión no era accesible para el pequeño bote, pero el hombre no le hizo caso, y lanzó la proa contra él. Salvani alcanzó a gritarle al antiguo boga que se ocupara de los niños, y éste procedió a ceñirles unos gruesos salvavidas de corcho. Un segundo después la nave volcó. La corriente los arrastró a todos, y los dispersó.

Aunque su deseo angustioso fue salvar a los menores, ni el señor Salvani ni los atribulados viajeros pudieron ocuparse de cosa distinta que ganar la orilla, lo cual sólo lograron con infinitos trabajos. Dominico, en cambio, se dejó ir mar adentro, tras los niños que la corriente del río arrastraba. Doscientos metros afuera los juntó de uno en uno, los obligó a sujetarse entre sí, y comenzó a empujarlos rumbo a la playa. «Lo único importante es que no nos salga el tiburón», decía para sí: «lo demás es paciencia». Pero las bocas del río Magdalena vivían infestadas de feroces tiburones, y no tardó en percibir el roce áspero de una bronca piel en una de sus piernas. Un minuto después la quijada del tiburón le aferró una pantorrilla. «¡Suelta! ¡Suelta! ¡La carne de Dominico es muy fea», gritaba dando alaridos, y pateando a la bestia con todas sus fuerzas. El impulso de esta lucha los fue llevando a la orilla como un motor fuera de borda. El señor Salvani y los demás alcanzaron a verlos y se echaron al agua para venir a ayudarles. Entre todos arrastraron afuera a los cuatro niños, al boga y a la horqueta de un pesado leño que se le había enredado en una de las piernas, y que él confundía con el tiburón.

Tras recuperarse del susto y reír un rato a costillas del valiente y asustado salvador, se pusieron en camino, sólo para confirmar que estaban perdidos. Tres días caminaron sin agua, bajo un calor infernal. El señor Salvani, que se había sentido muy febril en los últimos días, descubrió de pronto que escupía sangre. Se cuidó de no decir nada

acerca de su estado de salud para no causar más alarma, pero imaginó lo peor. Finalmente llegaron a un pueblo llamado Soledad, donde la gente, enterada de la humanitaria misión que los llevaba por allí, les ofreció todo su apoyo. Como el equipo médico había naufragado, un orfebre local fabricó una lanceta de oro para el catalán, y con ella fue vacunada toda la aldea. La noticia cundió por el litoral. Había llegado la cura definitiva de la viruela. Unos días más tarde los habitantes de Cartagena les prodigaron un apoteósico recibimiento.

El señor Salvani necesitaba descansar, pero el carácter de la tarea no lo permitía. Se debía replicar el *vaccino* de inmediato a los brazos que se ofrecían, era imperioso organizar nuevas expediciones, recaudar fondos y provisiones, pero la principal tarea de todas consistía en organizar las juntas de la vacuna, y enseñarles la forma de conservarla. Esto sólo podía lograrse vacunando de manera repetida cada nueve días, antes que las viruelas de los nuevos portadores cicatrizaran por completo. Una dinámica sin fronteras se abrió con el nacimiento de un nuevo oficio en América: el del vacunador. La misión de estos apóstoles consistía en llegar hasta los ranchos y veredas más apartados, inmunizar a los pobladores y a la vez conservar en ellos la vacuna, sin descansar nunca.

No existía documento escrito alguno para entregar a los improvisados vacunadores. Unas copias del *Tratado histórico y práctico de la vacuna* que trajeron desde España se habían agotado rápidamente, y las que venían a bordo del *San Luis* se perdieron en el naufragio, de manera que el señor Salvani tuvo que ocuparse en redactar una adecuada instrucción, y en sacar las copias necesarias para dejarlas por donde fueran pasando como memoria invaluable. Su tiempo de descanso se iba en reproducir estas indicaciones una por una, y en llevar su diario.

En Cartagena se trifurcó el curso de la expedición. Un subalterno, el ayudante médico Julián Grajales, partió hacia las viejas provincias de Ocaña y Cúcuta. Otro emisario, un religioso dominico, tomó la ruta de Portobelo y Panamá. Salvani se embarcó Magdalena arriba, rumbo a Santafé. Un nuevo contingente de niños lo acompañaba. La sombra

del negro Dominicó, parado en la proa del champán que impulsaban veinte remeros, se confundía en los playones de la orilla con los cuerpos de los cocodrilos dormidos.

La travesía se cumplió en medio de huracanados chubascos. El señor Salvani llegó a Mompox enfermo de ambos oídos, y no escuchó el rebato de las campanas con que los recibieron. Mil ochocientas personas fueron vacunadas, pero al terminar la jornada se encontraba tan demolido por el cansancio y por el calor, que le fue preciso acostarse de inmediato. En Nare, dos meses después, llevaba un ojo tan inflamado que lo perdió en forma irremediable. Ahora sabe con exactitud que lo aqueja la tuberculosis. Pero sus satisfacciones no tienen límites, y a duras penas le queda tiempo para pensar en la enfermedad, porque la gente ha comenzado a acudir desde los más remotos lugares con sus niños, para inmunizarlos y para llevarse la vacuna. Un comerciante de Medellín ha traído consigo tres menores. Con ellos se inmunizarán seis mil habitantes.

Las cifras se repiten y acrecientan: Honda 2.000 vacunados, Mariquita 600, Guaduas 3.000. Hasta llegar a Santafé de Bogotá el 17 de diciembre de 1804, donde Antonio Amar y Borbón, convertido en virrey sociable y ceremonioso, le da la bienvenida al frente de una numerosa y solemne comitiva, en la que se destaca la egregia figura de un anciano sacerdote: don José Celestino Bruno Mutis y Bosio, médico y botánico de setenta y dos años.

El señor Mutis no se cambiaba por nada, pues a partir de la llegada de Salvani a Santafé la vacunación se declaró obligatoria. Nadie podía negarse a ser vacunado, ni negarse a facilitar que de su propio brazo se vacunaran otras personas. Los miembros de la junta conservadora de la vacuna fueron escogidos entre los vecinos más conspicuos e insobornables. Cada semana los comités de barrio debían presentar como mínimo seis candidatos para vacunar. Los indios, que sentían pánico del pinchazo, trataban de ganar corriendo las bocacalles de la Plaza Mayor. Los vacunadores les cerraban el paso y los capturaban sin apelación. Por primera vez la salud se había convertido en asunto de Estado.

Como era de esperarse, los últimos intransigentes trataron de sabotear la campaña. Un pequeño grupo de los predicadores de la Sa-

grada Orden, donde sospechosamente no estaba Pudenciano Sujo, armó un desfile de protesta por la Calle de Santa Clara, pero un piquete de alabarderos enviado por el virrey se les interpuso en la Calle del Nacimiento, y al imperio de las lanzas los condujo hasta el hospital. Allí se confirmó que ninguno estaba vacunado, y sin darles tiempo a decir ¡Jesús!, el señor Salvani los pinchó con su lanceta de oro. El debate había concluido.



II

Dulce final de un duro batallar



ue la primera vez en la vida que el viejo sabio intentó disuadir a alguien de un encargo heroico. El señor Salvani se halla enfermo de muerte, don José sabe que no podrá sobrevivir la travesía que se propone. Un largo reposo en la fría Santafé, algunos medicamentos específicos y las buenas sopas de Numilona le harían mucho bien. Otras personas pueden continuar la campaña por él. Si lo acepta, podría abrirle un campo en la Expedición Botánica, y gestionar ante España su nombramiento.

Todas estas ideas que el buen viejo agitaba en su cabeza para tratar de salvar la vida del sanitarista empezaban a ser discutidas entre los

dos, pero entonces llegó la noticia de que una terrible epidemia de viruelas asolaba la Presidencia de Quito, y el señor Salvani, sin reparar en su estado de salud, ni en los riesgos del camino,apuró la partida.

La víspera del viaje, mientras realizaban las últimas vacunaciones, ocurrió algo inesperado. Cinco niños del hospicio habían sido escogidos como portadores para cubrir la primera jornada hasta Ibagué, pero repentinamente un hombre alto y desgarrado, cuyo rostro aparecía tan mordido por las huellas de antiguas viruelas como una luna sembrada de cráteres, se presentó con su pequeño nieto, pidiendo que lo incluyeran en el grupo.

—Está demasiado pequeño —dijo Salvani.

—Yo lo acompañaré —suplicó el hombre—. Así podré pagar mis deudas.

Don José Celestino, que se hallaba presente en el dispensario, se volvió hacia el suplicante y reconoció a Pudenciano Sujo. De momento le asaltó el temor de que aquel terrible individuo pretendiera introducirse en la expedición para sabotearla.

—¿De qué deudas hablas? —preguntó.

—De las deudas de la ignorancia —dijo el tunante.

—Expícate.

Completamente abatido por la pena, con la cabeza desgonzada y mezclando sollozos a las palabras, Pudenciano Sujo refirió entonces que aquel niño era el único familiar que le quedaba en el mundo, pues el resto de su familia, su esposa, su hija y los hijos de ésta, había muerto en la reciente epidemia de viruela.

—Yo lo acompañaré —dijo—. Así podré ayudar a los caminantes, y compensar en algo el mal que he causado.

—Admítalo —recomendó don José.

Salvani aceptó. Aquel niño, que se llamaba Tobías, fue el soldado más pequeño de la expedición que partió de Santafé.

Al momento de la partida, don José llenó las alforjas del español con sinapismos de mostaza, jarabes de borraja e infusiones de garrotillo,

que se decían excelentes curas para el mal de pecho, y lo dejó partir pensando que él hubiera hecho lo mismo. Era una vida a cambio de muchas, el trueque valía la pena. Numilona lo despidió a la puerta de la casa de La Carrera llorando como siempre, después de ofrecerle café mezclado con yerbabuena.

El sufrimiento del peninsular le causó tanta impresión a la india, que enfermó de veras. El sabio conocía mucho el carácter de sus dolencias, y tomó ésta por otra de sus típicas hipocondrías, pero al día siguiente de la partida de Salvani, cuando Numilona no pudo levantarse a moler el maíz de las arepas del desayuno, entró a su cuarto para examinarla y la encontró tan fría que se preocupó. Era una india tan vieja como él, pero de edad absolutamente indefinible.

—Ahora sí es en serio, amito José —decía la pobre—. Esta vez sí me voy.

—No hables bobadas, Numilona, tú tienes más años por vivir que una tortuga.

Pero la india no volvió a levantarse, pese a todo el empeño que puso en su curación. Una tarde le, pidió que le aplicara los santos óleos. El sabio no podía creerlo.

—¿Será que pasaré mucho tiempo en los purgatorios? —preguntaba una y otra vez.

Al comienzo le había dicho que no, que ella iría derechito al cielo, pero viendo que eso no la convencía del todo, utilizó otra receta.

—Es probable que pases unos cuantos años en el purgatorio, pero yo te sacaré de allí diciendo muchas misas.

Se lo declaraba grave y sentidamente. Numilona quiso conocer otros detalles:

—¿Me darán mucho fuego?

—Uno o dos tizonazos por cada chisme.

—¿Y por morderle el rabo al gato Tereso? ¿Me darán mucho fuego por morderle el rabo al gato Tereso?

—¿Le mordías al rabo al gato Tereso?

—Cuando se portaba muy mal, ánima bendita.

El sabio entendió ahora por qué muchas veces el gato dormía sobre su escritorio con un ojo abierto.

—Tal vez, venga un diablo con cara de gato y te muerda el tuyo, pero no será más, Numilona.

Hablando esta clase de cosas cerró los ojos y no volvió a abrirlos. El sabio se sintió demasiado triste.

Antes de lo esperado, el 15 de mayo de 1805, llegó la primera carta del señor Salvani, dando cuenta de su correría. Una parte del texto decía lo siguiente:

«Pudenciano Sujo no quiso regresarse de Ibagué, y ha seguido con nosotros. “Aquí me necesitan más que en Santafé”, dijo para justificarse. Le pregunté qué haría con su pequeño hijo. “Crecerá caminando”, fue la respuesta. En realidad nos ayuda mucho, se entiende con Domingo y juega bien a los naipes, aunque es muy callado. Mientras caminamos, enseñó a leer al pequeño Tobías».

La siguiente carta llegó a finales del año. La letra temblorosa de Salvani, las cosas que contaba y lo que se podía intuir entre líneas, hacían perceptible la extrema dificultad de su misión:

«¡Qué inmensa y majestuosa es América Meridional! —comentaba—. En el ascenso a las cumbres heladas de los Andes, en el descenso a los valles ardientes, en el paso de los desiertos y las selvas, me abandona por momentos la esperanza y siento ganas de rendirme. Pero cómo voy a rendirme viendo marchar a mi lado a los niños descalzos, que soportan los soles ecuatoriales y las borrascas del trópico sin quejarse. Si no se rinden ellos, ¿voy a rendirme yo?».

Don José respondía estas cartas animando a Salvani y preguntándole por su estado de salud, aunque sabía que sus misivas quizá nunca alcanzaran al sanitarista, que se movía en direcciones inciertas. Una misiva del español contó a comienzos de 1806 lo que sigue:

«En Piura, ya en tierras del Perú, contraí unas calenturas tan espantosas que no tuve alientos para continuar, pero entonces el pequeño Tobías, a quien he enseñado a leer y sumar, tomó el diario de la expedición y se puso a contar en voz alta el número de personas que

Année — N° 254. Huit pages : CINQ centimes. Dimanche 17 Décembre 1893

Le Petit Parisien

LES ANCIENS
Petit Parisien
DIRECTION : 18, rue d'Enghien, PARIS

TOUS LES DIMANCHES
SUPPLÉMENT LITTÉRAIRE



L'ÉPIDÉMIE DE VARIOLE
LE SERVICE DE LA VACCINATION A PARIS

*Vacunación contra la viruela en las calles de París,
tomando el pus directamente de una ternera.
Cortesía del doctor Adolfo Harker Peralta
Fotografía: Marco A. González G.*

hemos vacunado entre Santafé de Bogotá y el lugar donde nos hallamos. La suma totalizó 100.401 vacunaciones. El dato nos alegró tanto que todos rompieron en aplausos. De inmediato pedí de comer, y al día siguiente encontré fuerzas suficientes para proseguir la marcha».

A mediados de 1806, una carta despachada desde Lima dio cuenta de singulares sucesos acaecidos en aquella capital, y llenó de contento el alma de don José, que cada día estaba más viejo y enfermo. Según palabras de Salvani, éstos eran los hechos:

«Al llegar a Lima nadie salió a recibirnos, debido a que unos meses antes la vacuna había sido llevada desde Buenos Aires, y ni el virrey ni el cabildo querían que ese mérito les fuera opacado por una nueva vacunación. Los niños portadores no tuvieron nada qué comer, nos alojamos en una choza miserable. Para entonces los buenos remedios que su merced me preparó en Santafé, y que tanto han aliviado mis ahogos nocturnos, estaban agotados. Pero alguien me dijo que aquí también moraba un sabio botánico, don Hipólito Unanue, y a su casa me dirigí. No me costó trabajo encontrarlo y trabar relación con él, pues su puerta siempre está franca. Le causó mucha indignación que las autoridades del virreinato no nos hubieran recibido, y mientras preparaba mis remedios, según la receta que he traído conmigo, me reveló dos cosas importantes: primero, que la vacunación realizada antes de nuestra llegada había sido insignificante, y segundo, que no se había organizado junta alguna conservadora del *vaccino*. Le pregunté qué debía hacer y me recomendó convocar una nueva vacunación masiva, con el apoyo de las autoridades o sin él. Don Hipólito Unanue en persona, y su *Casa de los Siete Sabios* nos respaldarían. Y para refrendarlo, fui invitado a entregar por mi propia mano los títulos de licenciatura en medicina a los estudiantes que se graduaban por esos días en la Universidad de San Marcos. El virrey Avilés no tuvo otro remedio que colaborar. Hemos realizado en Lima una de las vacunaciones más copiosas de la campaña. ¡Las buenas cosas que pueden hacerse con el respaldo de los sabios de América!».

Un precioso perro de aguas llamado *Lotario* salió de Lima con ellos, encariñado con uno de los niños que se ofrecieron como portadores. Fue imposible obligarlo a regresar, y una vez puestos en camino prefirieron aceptarlo, por temor a que se perdiera. Nadie supo que

aquel era el perro faldero de la señora virreina, y que su desaparición causó una crisis de Estado.

Otras cartas hablaban de tribulaciones mayores, de arrieros que les robaban las provisiones y los abandonaban en los más remotos parajes, de zarandos peligrosos, de precipicios, de mulas resabiadas y tropezonas, de malas posadas y de todas esas calamidades de los antiguos viajes y caminos, pero refrendaban también que los niños nunca se rendían. Entre Chilca y Arequipa se les sumó Nucapayo, un auténtico chasqui inca salido de las cumbres nubladas de los Andes. Venía en dirección contraria a ellos, y se detuvo a mirarlos porque nunca en la vida había topado en el camino con una comitiva semejante. Los niños portaban pequeños morrales a las espaldas, cantaban y enarbolaban banderas de papel. Cuando le dijeron que aquella era la expedición de la vacuna se preocupó mucho, pues el camino estaba lleno de vericuetos y bifurcaciones que sólo él conocía. Llevaba veinte años sirviendo de correo entre Lima y los más remotos pueblos del sur, era descendiente directo de hombres-correo que habían servido al inca Atahualpa. Cuando le preguntaron la ruta que debía seguirse consideró sus indicaciones verbales insuficientes, y se fue con ellos como guía.

En un remoto pueblo del sur encontraron también un torero. No era un matador consagrado, sino un simple mozo de espadas que había sido abandonado por su cuadrilla trashumante después de sufrir una mala cornada en las fiestas del pueblo. Cuando la expedición apareció por allí ya estaba recuperado, y encontró más llevadero dar pequeñas punzadas a la gente y salvar vidas que clavar banderillas. Salvani lo admitió cuando dijo que quería ser parte del grupo. Se llamaba Lisímaco.

Leyendo todas aquellas cosas, el sabio Mutis empezó poco a poco a despreocuparse del sanitarista. Sabía que su misión iba bien encaminada, y en buena parte cumplida. Ahora su propio tiempo se agotaba, y le resultaba imperioso atender los postreros detalles. Uno era completar las láminas que faltaban, otro escoger un buen continuador de la Expedición Botánica. Cuando por fin se decidió que su sobrino Sinforoso Mutis le sucedería en el cargo, la primera tarea que le encomendó fue responder las cartas del señor Salvani.

Nunca llegó a saber que el abnegado vacunador había sido capaz de ir hasta Buenos Aires, y desde allí seguir a La Paz, en el Alto Perú, completando a pie un recorrido de más de siete mil kilómetros, ni tampoco que lo apodaban *El Quijote de la Lanceta*, pues iba extremadamente flaco y nunca dejaba de vacunar. Estas cosas las vino a saber don José Celestino Mutis en el otro mundo, hacia donde partió el 11 de septiembre de 1808. Como fuera, cuando cerró los ojos para siempre, ya el fantasma de la viruela no lo desvelaba.

Tampoco el señor Salvani soñó jamás que llegaría a resistir seis largos años de marcha. Cuando por fin sus pasos se agotaron en Cochabamba, el 21 de julio de 1810, la columna expedicionaria que comandó había vacunado a más de medio millón de personas.



III

Antes del fin

an pronto José Salvani Lleopart rindió su último aliento en Cochabamba, el torero Lisímaco, Pudenciano Sujo, Dominico, Tobías y otros integrantes de la comitiva tomaron la lanceta y continuaron vacunando. Así ocurrió en infinidad de partes.

Fue una época maravillosa. La luz de la Ilustración había llegado y se había esparcido por América como una festiva aurora. Una cosa que nadie pensó fue que a los americanos les diera por ser libres. Otra que le declararan una guerra tan enconada a la peste de las

viruelas. Estas dos luchas se volvieron simultáneas, y ocurrió que en plena guerra de la Independencia los niños que llevaban el antídoto y los ejércitos patriotas se entrecruzaban. A veces, se escuchaban a un mismo tiempo las campanas echadas a vuelo con que se recibía a los vacunadores, y el lejano fragor de las batallas. Algunos sanitaristas vacunaron hasta la Patagonia y el estrecho de Magallanes, como ocurrió con Manuel Julián Grajales, el ayudante médico que había salido de Cartagena rumbo a las viejas provincias de Cúcuta y Ocaña. ¡Con razón se ha dicho que la Expedición Filantrópica de la Vacuna Antivariolosa fue la más grande proeza científica y humanitaria de la era moderna!

Pero no vaya a pensarse que todo estuvo de parte de los abnegados batalladores. La señora viruela también tuvo sus aliados, y uno de ellos fue la guerra: Pablo Morillo mandó al patíbulo al joven Miguel de Pombo, secretario de la Junta Central de la Vacuna en Santafé de Bogotá, encargado de preservar y difundir el precioso antídoto. Otros discípulos de don José Celestino Mutis, entre ellos varios de sus pintores, acabaron igualmente pasados por las armas bajo la acusación de revolucionarios. La Expedición Botánica concluyó. Sus millares de láminas, sus archivos y correspondencia fueron embalados en unos grandes cajones y enviados a España. Cuando la ciencia se ve obligada a bajar la guardia los males se fortalecen. La señora viruela se salvó por un pelo.

Por lo demás, todo el siglo pasado fue de guerras y perturbaciones. De pronto, la gente se encontró con que no había de dónde sacar vacuna para atender nuevas epidemias que dieron en presentarse. Las juntas que la conservaban se habían disuelto, el hábito de inocular se perdió por completo. Para colmo de males, a todo lo largo del siglo XIX no fue posible encontrar una forma de preservar el antídoto distinta a replicarlo continuamente. Hubiera podido establecerse un banco de producción en un hatillo bien llevado, pero los permanentes conflictos, las deficiencias administrativas de los gobiernos y otras carencias no lo permitieron. Señora viruela hizo otra vez de las suyas.

Sólo en 1898, cuando se fundó el Instituto Carrasquilla o Parque de la Vacuna, empezó a producirse de nuevo el antídoto. Con todo,

hasta 1925 el sanatorio de variolosos de Bogotá carecía de las mínimas condiciones. Es la marcha de los pueblos, que no siempre es ascendente.

Pero no vaya a pensarse que lo hecho por Mutis y Salvani se perdió, porque ellos lograron algo definitivo, y fue demostrar que la peste podía ser vencida. Sólo que para alcanzar esa meta todo el mundo tenía que ponerse otra vez de acuerdo. En muchas otras partes del planeta ocurrió igual, y doña viruela causó daños irreparables.

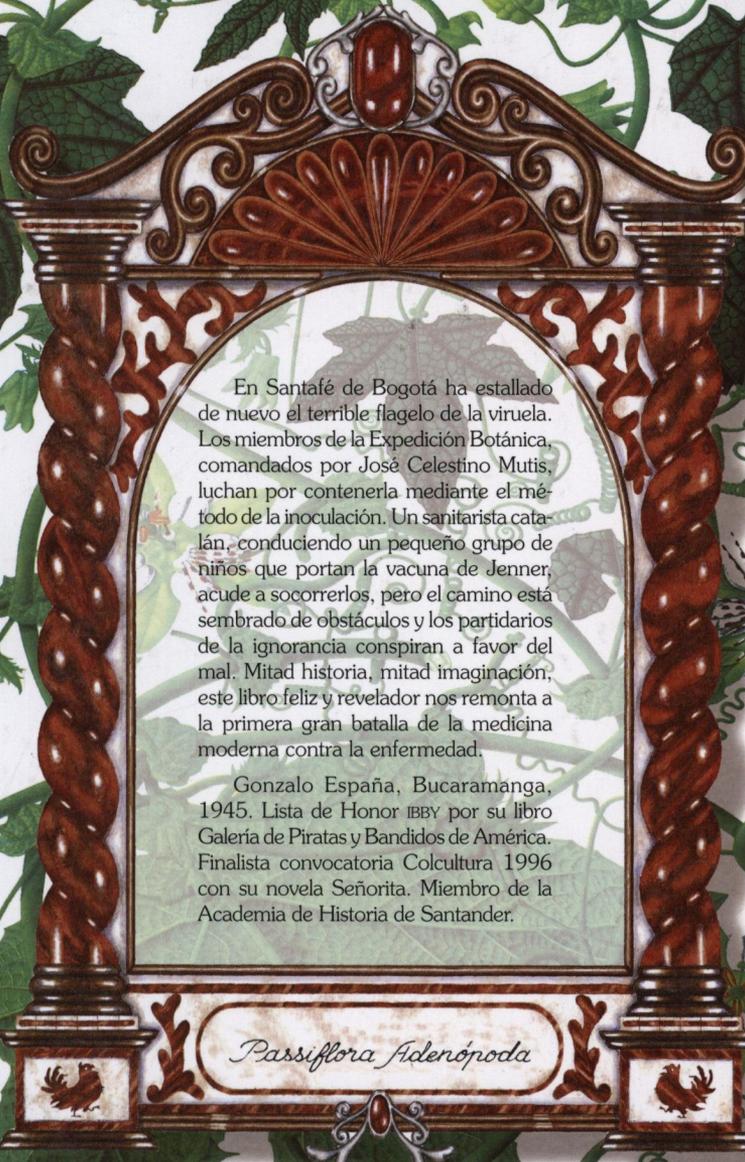
Al fin, el 9 de diciembre de 1979, *La Comisión Mundial para la Certificación de la Erradicación de la Viruela*, compuesta por 21 expertos de 19 países, informó que la terrible enfermedad había sido erradicada de la faz de la tierra.

Y aquí termina esta historia.





Este libro se terminó de imprimir el 30 de enero de 1998, en los talleres de Panamericana Formas e impresos, S.A. Se utilizó papel Gallery Silk finlandés, de 115 gramos. La edición estuvo bajo el cuidado del equipo de trabajo de Tres Culturas Editores.



En Santafé de Bogotá ha estallado de nuevo el terrible flagelo de la viruela. Los miembros de la Expedición Botánica, comandados por José Celestino Mutis, luchan por contenerla mediante el método de la inoculación. Un sanitarista catalán, conduciendo un pequeño grupo de niños que portan la vacuna de Jenner, acude a socorrerlos, pero el camino está sembrado de obstáculos y los partidarios de la ignorancia conspiran a favor del mal. Mitad historia, mitad imaginación, este libro feliz y revelador nos remonta a la primera gran batalla de la medicina moderna contra la enfermedad.

Gonzalo España, Bucaramanga, 1945. Lista de Honor IBBY por su libro Galería de Piratas y Bandidos de América. Finalista convocatoria Colcultura 1996 con su novela Señorita. Miembro de la Academia de Historia de Santander.

Passiflora adenopoda

CENTRO DE DOCUMENTACION



01005100

COLCIENCIAS